

EL OLOR DEL
G O F I O

Título original: EL OLOR DEL GOFIO

© De la presente edición: Cabildo de Gran Canaria, 2015

© De los textos: sus autores

© De la imagen de portada: Guadalupe Martín

Edición y maquetación: Guadalupe Martín

Imprime: JAR 3 Imagen

EDICIÓN NO VENAL

DEPÓSITO LEGAL: GC 418-2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

EL OLOR DEL
G O F I O



EL ARTE DE CONTAR

Toda recuperación de la memoria implica una salvación de recuerdos. En este libro se salvan memorias, recuerdos y, sobre todo, se reivindica la palabra. El arte de contar siempre formó parte de la vida de los grancanarios. Los días acababan alrededor de una mesa o en un patio en el que iba atardeciendo y en el que siempre había alguien que iba detallando las historias heredadas del pasado o aquellos acontecimientos destacables que habían acaecido recientemente. En este proyecto que ha llevado a cabo el Cabildo de Gran Canaria, a través del Instituto Social y Sociosanitario, nos congratulamos por reavivar esa raigambre contadora de nuestros mayores. Los responsables de poner en marcha esta iniciativa han conseguido que esa palabra y esa memoria no se las lleve el tiempo. Lean estas historias. Pueden hacerlo como si fueran ficciones o como testimonios reales. Da lo mismo. Están escritas con la emoción que requiere todo texto literario. Para mí es un honor abrir este libro en el que hay tanta vida, tanto sentimiento y tanta historia contada como uno espera que le cuenten siempre las historias que merecen la pena.

José Miguel Bravo de Laguna Bermúdez
Presidente del Cabildo de Gran Canaria

EL MILAGRO DE LAS PALABRAS

He tenido la suerte de asistir a varias sesiones de los talleres en los que se han escrito estos textos. Por tanto, soy capaz de ponerle cara a muchos de los relatos que aparecen en este libro. Pero estoy seguro de que cada lector irá reconociendo esas caras a medida que vaya leyendo; y también los paisajes, y las calles, y todas esas referencias cercanas o lejanas que nos terminan hermanando a los que vivimos en Gran Canaria. Este es un libro cargado de vida y de valores humanos. Las letras, a veces, generan milagros, y les aseguro que en este proyecto que pusimos en marcha en el Instituto Social y Sociosanitario todos esos milagros se han consolidado sobradamente. Quiero agradecer a los responsables de los centros en los que se ha venido desarrollando esta iniciativa su colaboración y la predisposición que mostraron desde un primer momento. La iniciativa venía avalada por el equipo técnico del IASS; pero aun así no sabíamos qué íbamos a terminar encontrando y si, finalmente, acabaría consolidándose en cada uno de esos centros. En todos ellos se fueron sumando nuevos mayores, y desde que empezaba la semana ya estaban preguntando por el día en que se sentaban a contar historias. Bastaban pequeñas pistas para que cada uno de ellos llegara a su memoria más lejana; y al mismo tiempo bastaba que ese viaje al

pasado se encontrara con ese milagro que, como escribía al principio, solo pueden propiciar las palabras. Quiero felicitar a todos los mayores que forman parte de este libro por su implicación, su trabajo y su constancia. También a cada una de las monitoras de los centros que se han formado con los responsables del proyecto para que esta iniciativa se consolide en cada uno de ellos. Cuando uno echa la vista atrás se da cuenta de que ha habido vivencias o decisiones que han valido la pena. Cuando lean este libro verán por qué escribo esto. Todo lo que viene a partir de esta página solo se concibe desde la emoción y el sentimiento que anidan en cada una de esas palabras que nos salvan

José Miguel Álamo Mendoza

Consejero de Política Social y Sociosanitaria del
Cabildo de Gran Canaria

GRACIAS POR EL TIEMPO

Hace algo más de un año comenzó una de las aventuras literarias más apasionantes que he vivido. Invitamos a los mayores a que contaran historias. Nosotros les dábamos pistas, les explicábamos qué era la literatura o les repetíamos una y otra vez lo importante que era el detalle, el punto de vista y, sobre todo, la emoción a la hora de contar algo. Ellos sabían más que nosotros de todo eso. Se habían criado escuchando siempre el eco de las historias que les habían contado sus madres y sus abuelas. Cada semana llegamos con folios en blanco que cuando pasa una hora y media están llenos de nombres propios y comunes, de lugares, de olores y de muchos recuerdos que ni ellos mismos sabían que guardaban. Somos nosotros los que aprendemos cada semana. Y los que nos emocionamos con sus relatos y con sus recuerdos. Crean con naturalidad, como mismo respiran, y combinan las palabras con la maestría de quienes saben que de su orden y de su elección precisa dependerá el resultado final de cada historia. Les invito a que lean algo de lo que han ido escribiendo. Pronuncien primero el nombre de quien firma cada uno de estos textos, y luego déjense llevar por lo que proponen. Les aseguro que encontrarán el brillo de las miradas que nosotros encontramos cuando llegamos cada semana a impartir las clases. Este libro quedará

cuando todos nos hayamos marchado, y servirá para que los que vengan más adelante sepan algo más de los que estuvieron antes viviendo un tiempo que solo se detiene cuando lo perpetuamos a través de las palabras. Quiero agradecerle a cada uno de ellos los maravillosos momentos que nos han hecho vivir y el interés que han mostrado desde la primera semana. Somos una familia. Les aseguro que cuando cerramos la puerta y empezamos a escribir se genera un milagro que solo se entiende a partir de la magia de las palabras. Yo he aprendido a contar mucho mejor de lo que lo hacía antes. Y han sido cada uno de ellos los que me han enseñado. Muchas gracias por regalarnos tanto tiempo y tantas historias inolvidables.

Santiago Gil

Hacía calor. No tanto porque las temperaturas fueran elevadas aquel 3 de diciembre, sino porque el sol, que brillaba con fuerza, se colocaba a esas horas de la tarde, justo enfrente de aquella clase. No sé quiénes se miraban más asustados: si ellos a nosotros o nosotros a ellos.

Era nuestra primera clase. Aunque confiábamos mucho en este proyecto, teníamos miedo a cómo iba a ser recibido por ellos. Sabíamos que iba a ser difícil. También tenían miedo. Miedo a no tener nada que contar. Miedo a decir que no sabían leer ni escribir. Miedo a escribir (los que sabían) pero cometer muchas faltas de ortografía...pero sobre todo, miedo a no recordar y, a veces, a recordar.

Antonio (señor con sombrero), Jose Antonio (silla), Ana Medina Alonso (señora grande), Isabel Castellano (señora en silla apartada), Carmen Acosta (pelo corto, blanco...) y Carmen, y Maruja, y Milagros, y María, y Agustina (Martín Santana, como yo), y Josefa Mateos...Nuestros primeros alumnos. He vuelto hoy a aquella primera clase, a las notas que escribí al lado de sus nombres en las redacciones para saber quiénes eran: pelo blanco corto, señora grande, silla...Hoy no me harían falta, sé quiénes son, sé sus nombres, sé de sus alegrías, sé de sus tristezas, sé de sus recuerdos de vidas reales,

de vidas posibles, de vidas inesperadas, de vidas a veces inventadas y otras, solo soñadas...

Y llegó la segunda y la tercera...Se añadieron al proyecto otros centros: El Pino, El Sabinal y Ferminita Suárez, en Vecindario, y ha pasado un año. Ya no tenemos miedo. Ni ellos, ni nosotros. Esperamos con la misma ilusión que ellos las tardes de martes y jueves. A veces, la alegría que nos ha faltado durante el día cuando nuestra vida cotidiana no es tan bonita como quisiéramos, nos es regalada allí, en esas salas llenas de colores, de sonrisas, de vida, de *Arrugas*, como tituló Paco Roca su cómic y que bien podía haberse escrito en cualquiera de aquellas salas y ellos haber sido cualquiera de sus protagonistas.

Guadalupe Martín Santana

Para mis abuelos, Domingo y Aurora

*“Todos esos momentos se perderán en el tiempo,
como lágrimas en la lluvia”*

Blade Runner (1982)

PRIMERA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO DE ARUCAS

A Soledad

EL GUARDIA PALO

Josefa Mateos

Yo no pude ir al colegio. Cuidaba a mis hermanos, que eran muchos, mientras mis padres trabajaban en las plataneras. Éramos ocho hermanos y mi madre nos dejaba en la casa con la puerta cerrada con llave. No lo hacía por maldad. Tenía miedo a que si alguno salía y echaba a correr hacia las plataneras, se pudiese perder allí. *Apañaban* las papas y las vendían a los trabajadores. Como la casa era pequeña y solo tenía dos habitaciones, las papas se guardaban debajo de la cama.

Mi abuela pasaba, como *Doña Rogelia* (con su pañuelo negro y la falda arremangada), por delante de la casa y como tenía un *cacho* de tierra donde plantaba, cogía todas las verduras y se las daba a su hermana Teresa para que se hiciera un potaje. A su prima también le daba pero a mí no me llamaba. Entonces un día cogí una cesta grande, fui hasta la tierra de mi abuela y recogí todo lo que había plantado para el día siguiente. ¡Decía que iba a buscar leña para que no me cogieran! Pelé las papas con cuidado pero no muy bien. Lo puse todo al fuego y cuando mi madre llegó a casa dijo:

- ¡Jesús! ¡Qué me huele a comida buena!

Mi madre se preguntaba de dónde había sacado

yo todo eso. Cuando lo averiguó me dijo:

-¡Ay si te coge tu tío! ¡Te hubiera dejado en el mismo sitio!

Y es que mi tío era *Guardia Palo*, que eran los que cuidaban las tierras y ayudaban a la Guardia Civil. Llevaban siempre un palo.

JOSEFITA...LA RECUERDO CON EL PELO BLANCO

Isabel Castellano

Mi primera maestra, Doña Carmen Galo. Era alta y *muy explicada*. Me gustaba mucho escucharla. Ella quería que yo fuera maestra porque era muy atenta.

Luego me fui a Teror a vivir con un tío. Tenía doce años y allí venía una profesora a darme clases a casa. Se llamaba Josefita. Era jubilada, muy buena. Dábamos *El Catón* y *La Cartilla*.

Después del colegio iba a la tienda de Julián. Su mujer se llamaba Carmita y nos quería mucho. Nos daba golosinas porque mi madre no las podía comprar. Cuando iba a comprar a la tienda de Julián pagaba con *perras negras*. Encontrarnos una *perra negra* era una gran alegría. Josefita, mi maestra...la recuerdo con el pelo blanco.

SOR NATIVIDAD

Mª del Carmen Martín

Sor Natividad fue mi primera maestra. Buena monja. Casi podría decir con toda certeza, que era una santa...Se desvivía por favorecer a todos los pobres, para lo que se desnudaba para cubrir a las niñas necesitadas haciéndoles trajes con los cortes de tela que le daban a las monjas para que se hicieran hábitos nuevos.

En la mesa escondía el postre que le ponían para compartirlo después con las niñas que eran melindrosas con las comidas.

Todo esto lo hacía sin que su mano derecha supiera lo que la otra sabía.

Todo lo que aquí escribo me hace pensar, con toda certeza, que hoy Dios la tenga en su santo cielo.

PLACIDITO

José Antonio Martín Plasencia

Yo vivía en San Antonio, en la calle María Egipcíaca. Había una tienda y el tendero se llamaba "Placidito". Las tiendas antes no tenían nombre. Por mi calle había tres tiendas más, pero mi madre me mandaba a Placidito. La tienda era pequeña y vendía aceite a granel.

Luego, mi madre iba a otra tienda a final de mes, pero de esa no recuerdo el nombre; tendría 10 años aproximadamente porque mi infancia la pasé en Tenerife y sería sobre esa edad cuando volví a Las Palmas. Mi madre era de La Palma y mi padre de Gran Canaria.

El BAYA- BAYA

Mª del Carmen Trujillo Falcón (Maruja)

Yo iba a comprar a Tenoya, a la tienda de Antoñita y allí me fiaba. También a la tienda de Aurora Moreno y también me fiaba y tenía de todo. Ya toda esa gente ha fallecido. También había un señor que le decían *El Chichi* y yo compraba una bebida que se llamaba *Baya-Baya*. Compraba azúcar, leche, jabón, vinagre, sal fina, sal gorda y aceite. Mis padres tenían muchos animales y tenían pájaros, y compraba alpiste, y pienso para los animales, y cogía hierba...

También venía a vender *Manolito el Árabe* que vendía pescado y *Carmita* que le decían *la de la ropa* y otra que le decían *Pinito de Gallo* y vendía flores...Pero la compra principal la hacía en Tenoya. El camino que más recorría, era el que salía del túnel a casa de mi tía María; pasaba por el túnel con mucho miedo porque era oscuro y tenía que caminar muy pegada a la pared.

DE TANTO DECIR ADIÓS...

Agustina Martín Santana

Pretendientes...si yo te contara. Pero me acuerdo de uno...lba a pasear por la calle León y Castillo en Arucas. Ese hombre pretendía a mi amiga, pero mi amiga nunca decía nada: se quedaba callada y ni le miraba. Era yo la que le decía siempre ¡Adiós!. Al final, de tanto decirle *adiós*, él empezó a hablar conmigo por la ventana y a los seis meses nos casamos. Pretendientes tuve muchos, pero no novios. Mi cuñado era militar y también tuve un pretendiente militar que era practicante, pero éramos solo amigos porque estaba muy mal visto que hablara con los militares. Aquel pretendiente me regaló una medalla...Hay regalos que nunca se olvidan.

VOY A DARLE AL MOLINILLO

Carmen Acosta Anaya (Carmela)

Yo voy a ver si me acuerdo de escribir, pues hace ya mucho tiempo que no lo hago y siempre me acuerdo de aquellos tiempos y me da mucho coraje olvidar...

Soy una persona que vivía como un conejo asustado pues tenía a mi padre que era muy autoritario y una vez le dio por cogerla conmigo. Yo llegaba a casa y me sentaba en el sillón y le decía que hacía más de una hora que estaba allí. Él, enfadado decía siempre: *¡A mí tú no me engañas...!*

Nunca tuve novio porque tenía miedo a mi padre. Voy a darle al molinillo para acordarme de más...

LAS TRUCHAS DE MI MADRE

Soledad Morera Santana

Tengo noventa y dos años. La vida la vivo bien, pero en mi juventud fue completamente diferente. Las calles hoy las camino casi con los ojos cerrados, pero en aquel tiempo eran pedregosas, sin urbanización y podíamos jugar en ellas. La calle era nuestra.

En carnaval, el día de las truchas, yo ya tenía un pretendiente que es hoy mi marido y que está aquí sentado, a mi lado. Aunque era mi pretendiente todavía no entraba en casa, sino que nos quedábamos en la puerta. Aparece mi madre con una trucha para traérsela a mi novio, empieza Rafael a masticarla y no podía porque mi madre, que tenía mucha simpatía, se la relleno de alfalfa y él tirando de la trucha y tirando de los rejos de alfalfa. Cuando me enteré...bueno...aquello fue un cuento de risa: *¿por qué hiciste eso?* -le pregunté, porque a mi madre le gustaba mucho mi pretendiente, *es que yo quise hacerle la maldad...*- dijo mi madre riéndose. Después ya le trajo una buena trucha.

RAFAEL Y SOLEDAD, 80 AÑOS JUNTOS

Rafael González Santana

Mi gran amor. Mi recuerdo fue feliz porque desde el primer día estaba regocijado y emocionado por el impacto que me dio el conocerla. Está frente a mí y quedé como quedo ahora: totalmente enamorado y hasta la fecha, en que la sigo amando y sigue siendo mi amor para siempre...

EL CABRITO DE NAVIDAD

Alicia de la Hoz García

Soy de Las Palmas. Éramos 16 hermanos. Mi madre los dividía a todos y hacíamos entre todos las truchas de carnaval. Mi madre...siempre me he preguntado...*¿por qué una mujer sabe tanto?*...Mi madre preparaba todos los años un cabrito en una bandeja muy grande , el cabrito lleno de rajas con limón y papas, y la mandaban a la panadería. A pesar de que lo veía hacer, no sé hacerlo. El cabrito se lo traían del campo. Mi madre lo quería ver vivo, nunca quería que se lo trajeran muerto para ver que estaba sano.

Dieciséis hermanos, un cabrito y mi madre... recuerdo cómo nos preguntábamos unos a otros, todas las tardes después de la siesta de mi madre: *¿cómo se ha despertado hoy?* Y es que se levantaba de la siesta siempre de muy mal humor. Claro, si lo pienso ahora, dieciséis hijos, bañarlos, vestirlos, darles la cena y comprobar que no faltaba ninguno...¡Eso debía ser un trabajo muy duro!

LAS RAQUETAS DE PIN PONG

Federico Dévora Velázquez

Mi hermano y yo siempre recibíamos regalo de Reyes. Los esperaba con mucha ilusión. Todos los años nos traían unas raquetas de ping pong, una pelota y una red. Nos las entregaba mi padre a las ocho de la mañana de cada día de Reyes y a las doce en punto, nos las quitaba otra vez, las ponía en lo alto del armario y allí se quedaban hasta el próximo día de Reyes, que nos volvían a traer lo mismo. Y así un año y otro. Era uno de los días más felices de mi vida.

MI PRIMERA COMUNIÓN, DESDE TRASMONTAÑA A
ARUCAS

Marcelina Ortiz Ortiz

Mi primera comunión la hice en la parroquia de Arucas, con Don Francisco (El Chico). A todos los niños nos dieron un desayuno: café con chocolate y bizcocho en la Plaza de San Juan.

La hice con un traje blanco con un manto y un tul, también blanco. Mi traje lo hizo una modista de Trasmontaña.

Después fui a ver a la familia con un bolsito, *la limosnera*, que colgaba de la cintura, para ver si me daban algunas *perras*.

Recuerdo el nombre de las monjas del colegio de Las Hermanas de Arucas: Sor María, Sor María Dolores...lba caminando todos los días desde Trasmontaña a Arucas. Comíamos siempre caldo y, de vez en cuando, muy de vez en cuando, comíamos algo de pescado. Lo que más recuerdo era ese camino, caminando y caminando desde Trasmontaña a Arucas...

EL ÁRBOL DEL PATIO

Josefa Afonso Cardona

Vivía en una casa llena de flores y era muy grande. Vivíamos allí con mi padre y mi madrastra. En el centro del patio había un árbol muy grande y si querías ir a la cocina, había que cruzar ese patio. De día no pasaba nada, pero de noche... ¡Ay! ¡de noche! Eso era otra cosa. Aquellas carreras por el patio... a veces me escondía detrás del árbol... Nos daba miedo, tanto como el que tuvo mi abuela la primera vez que fuimos a casa de una vecina a ver la televisión. Mi abuela, asustada, preguntaba:

-Pero... ¿cómo están esos caballos ahí dentro y no salen fuera de esa caja? ¡Jesús!

El árbol del patio y mi bisabuela, Gertrudes. Cuando iba a su casa, me acuerdo de verla en un sillón de mimbre con sus piernitas estiradas y su pelito blanco.

NOTAS AL TALLER

25 DE FEBRERO DE 2014

Hoy Soledad no está. Está ingresada. Rafael no es el mismo. Hoy no se acordaba de nosotros. Le falta ella. Aquí está, sentado delante de mí. Creo que está dormido o quizá solo pensando en ella.

LOS PERROS ABARRUNTAN LA MUERTE

Ana M^ª Medina Alonso

Los perros *abarruntan* la muerte de alguien... de alguien del barrio, de la familia... Los perros empiezan a llorar: *muerte va a haber*.... De verdad que lloran como las personas. Yo tuve un perro... se llamaba *Tremendo*. *Tremendo*... si vieran lo que yo lloré cuando se murió el perrito... Hay personas que tienen menos conocimiento que mi perrito. Se me erizaban los pelos cuando lo oía llorar como una persona y yo ya sabía en seguida que alguien iba a morir. Aquella noche, *Tremendo* aullaba y aullaba y cuando llegó mi hijo me lo dijo: la vecina que estaba malita, había muerto.

Los fines de año en el Carrizal de Tejeda... matábamos de madrugada un cochino. Se le sacaban las asaduras, también el mondongo... La tripa del morcillo se lavaba en el barranco en agua corriente. Después se traían naranjas agrias, se picaban bien picadas en un balde y el morcillo, bien lavado, quedaba limpito. La batata se picaba la noche antes y se ponía en un lebrillo. Al mediodía cuando ya estaba el cochino, se hacía el mojo y se repartía todo el cochino con los vecinos y también se hacía un cochino el día de Todos los Santos... cuando más aullaban los perros del Carrizal.

TRISTE HISTORIA DE AMOR

M^a del Pino Falcón Macías (Milagros)

Tenía un novio que no era novio sino amigo. Se notaba que hacía mucho por mí, estaba loco conmigo, veía yo que me quería. Se iba a ir a la Península a practicar en el avión. Quería ser piloto. Se fue a la Península pero primero me llevó una serenata: "*Adiós Pampa mía...me voy, me voy a tierras extrañas...*" Yo en la cama llorando porque le apreciaba. Se llamaba Rafael Marrero. Su padre tenía *un pirata* (como se decía antes). Rafael...se mató haciendo las pruebas de piloto en la Península...Lo supo todo el mundo en Arucas. Entonces, con 20 años, cogí una depresión por primera vez. Fui al médico y le dije que no tenía ganas de comer, que solo quería llorar...Yo no sabía lo que era una depresión. Mi familia me llevó por el puerto hasta Juan Pérez, en La Puntilla, me llevaron a su casa por un mes. Me fui poniendo mejor porque estaba muy triste...pero cada vez que miraba al cielo y veía un avión, lloraba...

NOTAS AL TALLER

11 DE FEBRERO 2014

Ana está muy contenta. Fuimos a El Carrizal. Sus ojos se llenan de lágrimas. Está muy feliz a pesar de que ella no fue. Queríamos ir para ver si sería posible llevarlos a todos allí de excursión. Conocemos El Carrizal de Tejeda. Lo conocemos a través de las palabras de Ana, de sus ojos azules y de la piel curtida que los rodea. Casi parece que esos surcos, esas pequeñas capas, se han ido formando, año tras año, para protegerlos. Protegerlos del dolor, de la soledad, del cansancio...para que sigan brillando como lo hacen cada vez que de sus labios salen esas cuatro palabras: El Carrizal de Tejeda...

UNA HISTORIA DE FANTASMAS: LA CASA DE LOS MIEDOS

M^a Dolores Lorenzo Velázquez (Lola)

La casa en la que vivía en Arucas estaba en la calle Antonio González nº 3. A esa casa la llamaban *La casa de los miedos*. Era una casa muy lúgubre y se oían ruidos muy extraños durante toda la noche. Los vecinos tenían miedo y yo, cuando era niña, también. Pero esta historia de fantasmas y espíritus vagantes, no era tal. Esos *espíritus* tenían cuatro patas y cuerpo de animal, pero no eran fantasmas. Debajo de la casa había unas cuevas (creo que todavía siguen), y allí se guardaban los animales. El ruido de las cadenas era el ruido del otro mundo.

La casa sigue existiendo. La compró Estrellita Ferrera y la arregló entera. Mi casa...*la casa de los miedos* en la que fui muy feliz.

MI AMIGO PACO

M^a Ángeles López Cabrera

Se llamaba Paco y vivía al lado de mi casa. Todos los días íbamos a coger tunos y a comprar chuches. Íbamos al parque a jugar a los remos y a ver los patos y mi amigo siempre cogía caracoles, decía que eran buenos y se los llevaba a su madre y a la mía, y los comíamos. Una vez fuimos al campo y me trajo un montón de flores. Su madre y su padre me querían montón...Un día me dijo si íbamos al bosque y cogimos muchas ciruelas. Después se hizo hombre y no lo volví a ver más. Supe que se fue al cuartel y le escribí una carta, pero no contestó. Se fue a Madrid. Sigo esperando que algún día venga a verme.

Le volví a escribir hace tiempo, pero siguió sin responder. Mi hermana siempre se ha preguntado si le habrá pasado algo. Yo, sigo esperando...

NOTAS AL TALLER

10 DE MARZO 2015

Hoy ha venido Rafael. Hacía mucho que no lo hacía, pero parece muy contento. Está tan contento que nos anima a empezar de una vez.

“Hay veces que las palabras se nombran así, por azar. Otras, porque no nos queda más remedio que llamarlas así...Una rosa, solo se puede llamar rosa...”

-¿Cuál es tu palabra favorita?

- Amor, padre, madre, zarzuela, Arucas, feliz, gofio, infancia, hambre, molinillo, abuela, hija...

LA FOTOGRAFÍA

Josefa López Henríquez (Fefita)

Un día fui al estudio de Abraham Cárdenes porque mi hermano iba a hacer una escultura. Yo iba a posar como modelo para que mi hermano pudiese hacer las esculturas. Un buen día me pidieron que me hiciera una foto vestida de canaria y a partir de esa foto hizo una escultura preciosa para un capitán que venía de La Península; pero mi hermano no le puso mi cara, sino la de otra chica. Y ahora, con la foto en la mano, pienso que...¡yo no debía de ser muy guapa! Pero en Arucas me querían todos porque en mi juventud estuve siempre haciendo de enfermera gratis. Era *enfermera divulgadora rural* y ayudaba también en la *Cocina Económica* y en la *Casa del Niño*. Ayudaba medio día y por las tardes ayudaba a coser. Trabajaba mucho, ¡sí señor!

NOTAS AL TALLER

Carta a la periodista Ángeles Arencibia

3 DE ABRIL DE 2014

“El Taller sigue siendo una experiencia maravillosa. En estos días hemos acabado las sesiones previstas en El Pino. Continuamos en el Centro de Arucas y actualmente el Instituto Socio Sanitario del Cabildo está determinando en qué otros centros continuarán los Talleres. La idea es que una vez terminadas las sesiones, el personal del centro continúe llevando a cabo el taller con las directrices que les hemos dado acudiendo nosotros, en sesiones alternas, para seguir en contacto con “la pequeña-gran familia” que se va formando en los centros.

El número de participantes en cada centro ronda los 20-25 y es maravilloso ver que el interés, lejos de disminuir, crece y se mantiene. Los que al principio tenían cierta vergüenza a contar, a escribir, bien porque no habían tenido acceso a una educación o bien por pudor...son los que más cuentan; historias que se convierten en pura literatura.

En la última sesión en Arucas pudimos contar con dos alumnas nuevas. Una de ellas de Centro de Día y otra que acababa de llegar al centro, al lugar que iba a ser, a partir de ahora, su nuevo hogar... Cuando propusimos el tema del día creyó no tener historias que contar y cuando terminamos sus ojos,

llenos de ilusión, se habían llenado de historias que, según nos dijo, solo esperaban al próximo martes para ser contadas ...Muchas veces esta frase: *no tengo nada que contar* y que al principio tanto temía escuchar, se ha convertido en la antesala de relatos que creían perdidos en la memoria, una memoria que lejos de estar perdida solo espera a ser rescatada con una pequeña frase, palabra o sonrisa que sirva de llave al recuerdo...

¿Historias de fantasmas, del más allá, de cosas a las que les teníamos miedo....?...no tengo nada que contar...Ahora que recuerdo...mi tío era arriero. Vivíamos en el Carrizal de Tejeda y él iba con sus bestias cargadas de carbón hasta Las Palmas... salía de madrugada y volvía de madrugada. Una vez al llegar a un alto en el camino, las bestias dejaron de caminar y no había manera...¡Ni por Dios que aquellos animales echasen a andar! Mi tío que por ser arriero le permitían llevar un cuchillo, lo sacó, lo clavó en la tierra y fue mano de santo...los animales siguieron su camino...Y es que la envidia es muy mala y todo el mundo sabe que para quitar el mal de ojo y los malos augurios hay que clavar un cuchillo en la tierra y hacer una cruz...eso le escuché siempre contar a mi tío... Ana, que no tenía nada que contar..."

EL COCHE DE HORA Y LA PALABRA “AMOR”

María Cabrera Hernández

Me llamo María y vivía en la calle Sagasta, cerca de la playa de Las Canteras. Estudié contabilidad y taquigrafía y trabajé como secretaria en Transamérica, una empresa de coches. Y parece que los coches serían muy importantes para mí. A él lo conocí en el *coche de hora*. Los *coches de hora* eran como las guaguas ahora. Se llamaba Amado. Esperaba todos los días a que yo llegara para coger el coche de hora. Un día se atrevió y me dijo si quería salir con él. El primer día que salimos juntos, fuimos a bailar a la sala de baile de Guanarteme. En aquella época ya se *usaba* ir de la mano o con el brazo por encima. Estuvimos de novios dos años y después nos casamos.

“LAS ESTACIONES” DE SEMANA SANTA

Celina Valerón Hernández

A mí nunca me gustó la Semana Santa porque me da mucha tristeza y todavía hoy me pasa. Me gusta más la Navidad. Vivía en Mogán que en aquel tiempo era un pueblo perdido sin casi comunicación.

En Semana Santa teníamos que hacer las estaciones. Había que salir y entrar en la iglesia siete veces y rezar cada vez que se entraba. Después, había que acompañar al *Santísimo* y se estaba en vela toda la noche. La gente se turnaba, unos entraban y otros salían para que no se quedara nunca solo, como mismo se vela a un familiar fallecido.

Mi tía preparaba el *cirio pascual*, que era muy bonito. Le ponía unas cintas de colores y ramas verdes, como de pino y al final le ponía una estampa de un santo. Esto lo hacía para el *Domingo de Resurrección* y aquí yo ya me ponía contenta.

EL DÍA MÁS GRANDE DE MI VIDA

Antonio Pérez Díaz

Ciudad de Arucas a 11 de febrero de 2014

Yo, Antonio Pérez, hice la Primera Comuni3n en el a3o 1939. Recuerdo que no hac3a mucho tiempo, hab3a muerto mi madre. Ten3a cinco a3os cuando me prepararon para hacer la Primera Comuni3n. Aquel d3a fue el d3a m3s grande de mi vida, con la corta edad de cinco a3os.

Recuerdo que me hicieron una buena acogida, tanto familiar como las personas de mi barrio y vecinos de mi barrio que era La Monta3eta .

Recuerdo que iba acompa3ado de mi familia e 3bamos casa por casa para que me vieran y para recoger alg3n dinero que me regalaban y tanto fue as3 que, con lo recogido, se pag3 la ropa y qued3 m3s dinero.

Aquella ma3ana no tuve que ir a buscar agua. Lo hicieron mis hermanos. 3bamos a buscar agua a la acequia para ba3arnos. Recuerdo que mi padre echaba una saliva en el suelo y nos dec3a: antes de que se seque la saliva, los quiero aqu3 con el agua. Ten3amos que caminar hasta dos o tres kil3metros, pero siempre lleg3bamos a tiempo.

Yo sé que el día de mi Comunion iba vestido de marinero, con el uniforme blanco, y que echaba de menos a mi madre...

EL CHICO DEL BURRO

Antonia Quevedo Calderín

Yo vivía la lado de la Casa del Niño y me mandaban a recoger el pan a una panadería que estaba a siete u ocho casas más retirada, porque las casas antes se hacían donde se podía, no estaban urbanizadas. Subía por aquel caminito para ir a la panadería. En la puerta siempre estaba un chico con un burro. El burro era para llevar el pan y venderlo y me daba mucho miedo.

Él decía:

- Tranquila, tranquila...que yo sujeto al burro.

Pasaron los años y yo me eché novio. Mi amiga, con la que salía siempre, también se echó novio, y cuando empezamos a salir todos juntos un día me dijo su novio:

- Tú no te acuerdas de mí...¡Soy el chico del burro!

Él se acordaba de mí, pero yo de él no. Era un muchacho tan bonito...con los ojos azules y el pelo rubio...pero no me preguntes más por él...¡Ay mi madre! ¡Si yo no veía más que al burro!

ME DA MUCHA PENA RECORDAR

Mª del Rosario Falcón Ortiz

No me acuerdo de nada...me da pena recordar, pero voy a hacer un esfuerzo (*Marcelina, su prima, que está sentada a su lado, se ríe animándola*).

- Los partos...¿cómo eran?...pues no sé...Mi madre llamaba al maestro Damián para que le sirviera y le ayudara en ese momento. Mi madre tuvo seis hijos y a todos los tuvo en casa. No me enteraba de mucho porque a los demás niños los escondían para que no vieran *el fandango* (no vieran el parto) y los mandaban a otra casa...

NO ES UNA HISTORIA, ES UN AMOR

Elvira Santana Guerra

¡Ah! ¡Qué bonito era! Salíamos de paseo al parque y comíamos chochos y manises. Y después se enamoró de otra y me dejó aplatanada. Después de eso, no quise más amores. Se llamaba Antonio... No quise más amores porque no quería sufrir más. Vivía feliz: sin novio, sin entrada y sin nada. Fue una buena elección.

LÁPICES DE COLORES

Carmen Suárez Ojeda

¿Cómo era yo de niña? Creo que era una niña muy buena que iba al colegio. Me gustaba mucho pintar con lápices de colores. Era delgadita y tranquila. Al colegio iba con uniforme azul, tenía el pelo largo y negro, y siempre iba con coleta. No engordaba mucho, a pesar de que teníamos una vaca y comíamos leche de vaca con gofio. También teníamos un cochino.

LAS ALPARGATAS DE ESPARTO

Sixta Almeida Miranda

¿Mis primeros zapatos?...De primera intención estaba descalcita, sin nada en los pies. Un día mi madrecita me compró unas alpargatas de esparto, blancas y negras. Solo me las ponía para salir. En la casa estaba descalza. Eran otros tiempos. No teníamos zapatos.

Salía de Marzagán con una burrita a vender fruta en Jinámar, Tafira, El Sabinal, Hornos del Rey y Los Hoyos. Recuerdo el olor de las verduras, de los plátanos, de los higos, de las manzanas, de las ciruelas y de las guayabas. Me sacaron del colegio muy pequeña para vender fruta y por eso no aprendí a leer y escribir. Primero iba con un cesto en la cabeza y más tarde con una burrita que no tenía nombre. Los animales no tenían nombre. Yo le decía "arre, arre, burrita" y ella caminaba, o le decía que se estuviera quietita porque iba a despachar y no se movía del sitio. Era muy buena aquella burrita.

LA MISERICORDIA, CAÑA DULCE Y REMOLACHA

Juan Fernández Rosado

Era un travieso. Yo tenía una rueda y estaba todo el día con la rueda y un gancho, y la rodaba y la rodaba y mi padre me mandaba a jugar a un camino que había por allí. Ya luego, cuando fui más grande me metieron en un convento que se llamaba *La Misericordia* porque éramos siete hermanos y mi madre falleció. Allí iba yo a la playa a comer caña dulce y remolacha.

FLORES DE ARUCAS

Emilia Ojeda

Rosas, claveles, margaritas, azucenas...Me gustan todas las flores que hay en los parques de Arucas, aunque mis preferidas son las azucenas blancas y las encarnadas. Si cierro los ojos, vuelvo a mi casa y limpio las flores. Mi casa tenía dos patios grandes, patios llenos de flores; las conozco todas. Uno de los patios estaba lleno de geranios y me daba alegría verlos todas las mañanas y les rezaba, hablaba con ellos, se ponían más bonitos. Flores, flores...iba al *Patio de las Flores* a verlas y también las llevaba a la iglesia.

MI CAMINO DIARIO

M^a Concepción Pestana

Iba todos los días desde Bañaderos al Cardonal (siete años por ahí, tenía yo), desde casa de mi abuelo a la casa de mi padre. El camino no era muy ancho, apenas cabían dos personas; si venían tres, teníamos que cambiarnos para que pasaran. El camino era de tierra y, mientras lo recorría, me solía encontrar vecinos y las plataneras nos rodeaban por los dos lados. Un día, sentí que se movían las plataneras y supuse que era gente, alguien que yo conocía para asustarme; yo decía en voz alta: *¡vaya una gracia, se creen que me van a asustar!*, pero por dentro estaba muerta de miedo, ¡ja, ja, ja! Nunca supe quién fue, pero yo creo que era uno que siempre solía ir delante y, ese día, no lo vi.

UN CAMINO DE MÚSICA Y ESTRELLAS

Juana de la Cruz

Fuencaliente, mi pueblo en Santa Cruz de la Palma. Caminaba por él y, aunque no había luz, las estrellas me iluminaban por aquel camino de tierra y hojas de laja que hacían las veces de escalones. Me lo sabía de memoria y nunca tropecé; iba a mi casa y a la casa de mi bisabuela que me cogía de camino y a la que quería con locura, porque fue la que me cuidó hasta los seis años. No tuve la suerte de conocer abuelos, solo uno maravilloso que era cubano y que era el padre de mi madre. Y mis otros caminos, caminos que le debo a mi padre, el camino recto y el amor a la música. Él era músico y tocaba el violín. Escuchaba el sonido magistral que arrancaba a aquel instrumento, un Stradivarius que hoy se conserva en el Teatro Real de Madrid.

SEGUNDA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO EL PINO

CAFÉ DE ESTRAPERLO

Concepción Morales Feo

En mi infancia iba a comprar a la tienda de “Periquito Santana”, en Bañaderos. Compraba media cuarta de aceite y le vendía los huevos para comprar sardinas saladas, medio kilo de gofio y algún pan. Los vecinos eran buenos, pero nosotras éramos más “machonas” para poder andar por todos lados. Jugábamos todas juntas con cartones a la lotería en la calle, en las aceras. En el colegio nos mandaban a la doctrina con el baby y nos ponían un lazo de papel con una trabita en el pelo. Nos enseñaban a rezar todo el rato los sacramentos, los mandamientos...

Cuando iba a Arucas a comprar gofio íbamos caminando desde Bañaderos descalzas porque no había dinero para el coche, solo para el gofio. Andábamos medio Arucas por medio pan y más nada.

Comprábamos café al estraperlo porque no había otra cosa. Lo vendía un tal Fernando que vivía en la orilla de la carretera. Nos vendía un puñadito y mi madre cuando venía de lavar y no había café, chupaba los restos que quedaban en *la borrega*. Lo que nosotros llorábamos porque la veíamos desesperada chupando aquello. Luego

nos sentábamos en el patio a mirarnos unas a otras. En mi juventud se pasó mucho...gracias a mi padre que traía un plátano verde y lo asaba...qué hambre...mi pobre madre...

FUE EN EL MES DE MAYO

Isabel López Reyes

Vamos a hablar del recuerdo de mi Primera Comunión. La hice cuando tenía seis años y medio, toda vestida de blanco, largo y el velo a media espalda.

La hice en el Corazón de María, que era el colegio en el que estaba, con muchas compañeras y compañeros porque el colegio era mixto, pero separados los niños de las niñas. También llevábamos una bolsa que se llamaba *la limosnera* y en las casas a las que íbamos nos daban dinero y regalos. En el colegio nos dieron un desayuno especial: chocolate, dulces y churros. Después, en casa, hicimos un almuerzo para toda la familia y algunos vecinos y amigos.

Recuerdo como si fuera hoy, que la hice en el mes de mayo. Me peinaron con tirabuzones. Mi madre me peinaba muy lindo. Para mí fue una ocasión muy especial recibir a Dios por primera vez.

NOTAS AL TALLER

6 DE FEBRERO DE 2014

Concepción, una vez más, dice que no va a volver...al principio me entristecía mucho, porque a pesar de su presumible enfado y su cara seria, sabía que ese tiempo allí era para ella un trocito de felicidad...pero siempre volvía.

Gloria es la que siempre está allí la primera, sonriendo y con su bolígrafo esperando para llenar dos folios de palabras. Las palabras que escribe no las podemos entender pero si la miramos a los ojos, sabemos que lo que allí escribe son sus recuerdos más queridos...Y Manolo, y Julia, y Raúl, y Soledad...

LA OPORTUNIDAD

Carmen González Oliva

Mi profesora se llamaba Doña Lola. Empecé con ocho años en la escuela pero mi madre me quitó para que fuese a trabajar como niñera.

Aprendí a leer en la escuela y gracias a eso preparaba ricos platos (podía leer las recetas). Me gustaba mucho ir al colegio. Iba al colegio de La Goleta. Era una escuela pública y era solo de niñas. No llevábamos uniforme. Nos ponían de comer pero yo no comía porque era muy *chinchosa* para comer. Prefería hacerlo en mi casa. Al terminar el día y antes de ir para casa, rezábamos el rosario.

La Comunción la hice en la iglesia más bonita del mundo, la de Arucas. Mi madre pidió el traje prestado a una familia, los Cabrera Henríquez, como limpiaba en su casa aprovechó la oportunidad.

Me dio mucha pena cuando mi madre me dijo que tenía que dejar el colegio, pero nos hacía falta el dinero para comer.

COSTURERA SIN DEDAL COSE POCO Y COSE MAL

Magdalena Marrero Quintana

Cosía un pañuelo y me quité el dedal. Sor Concepción me dijo: *costurera sin dedal cose poco y cose mal*; después me dio unos golpecitos en la cabeza con el dedal.

Y el abecedario lo hacíamos en cáñamo, cosiendo a hilo. También lo aprendí a escribir con la mano derecha y solo teníamos un libro: *La Enciclopedia*. Los uniformes eran de distinto color según la clase social. El color de las niñas ricas era azul marino, falda y blusa. Ellas tenían que pagar. Yo no pagaba porque era pobre.

Recuerdo un crucifijo donde la hermana estaba sentada y un banco grande que era el asiento de las alumnas del colegio. Me gustaba mucho aprender.

LA TIENDA DE DOÑA MARÍA

Julia Jiménez

La tienda en la que compraba estaba en Tomás Morales. A la tienda la llamaban como a la señora de la tienda: María. Solía comprar arroz, tomates, peras...lo que hacía falta para la casa. Me gustaba comprar chorizo aunque mi madre no me lo encargara y me lo comía con pan. Lo pagaba con dinero. Era una tienda pequeña. Estaba cerca de Bravo Murillo. La tienda olía a chorizo.

Doña María era muy agradable. Tenía unos treinta o cuarenta años...

LOS CERETOS

Jesús Guedes Díaz

Me llamo Jesús, tengo setenta años y soy hijo de Antonio y Agustina. Soy de Ingenio pero me fui a La Aldea de San Nicolás a trabajar. Hacía *ceretos* de madera y cajas de papas y me fui a La Aldea porque allí las vendía a 50 céntimos, mientras que en Ingenio solo se vendían a dos perras y media. En La Aldea estuve en la zafra y me quedaba en las cuarterías, cerca de la playa. Usábamos las hojas de palmera como colchón. Los días de fiesta también se trabajaba...

LA BRUJA

Mercedes M^a del Pino Navarro Pérez

Mi infancia la pasé en San Bartolomé de Tirajana. Yo era muy pequeña cuando mi padre se fue a Cuba. Solo se llevó un retrato de su mujer y sus hijos y no lo volví a ver más. Se fue a Cuba porque allí consiguió un trabajo de profesor. Me criaron una tía y una madrina. No iba al colegio ni tenía tiempo de jugar. Ellas guardaban cabras y animales y yo aprendía a hacerlo de tanto mirarlas. El médico venía a casa cuando alguien estaba malo, pero a veces no llegaba a tiempo y se morían...morían padres e hijos en lo que llegaba la ambulancia. Cuando venía una señora que llamaban *La Bruja*, los niños se escondían...hacía un sonido así: *piripiiii,piripiiii...* y decía: *su hija ya está bien, si no, la trae mañana otra vez*. Esto lo hacían para cobrar más. No me gustaba *La Bruja*.

LOS CORREÍLLOS

Santiago Rodríguez

Nací en Lanzarote. Mi padre navegaba y yo también navegué. Trabajé de *fogonero* en el León y Castillo, en los barcos de vapor, en *los correíllos*, que eran barcos que llevaban el correo postal entre las islas.

Cuando hice la mili me mandaron al Sáhara. Allí fui *fogonero* en los barcos militares y echaba el carbón por fuera y lo hice tan mal que trajeron a otro para que lo hiciera, pero el nuevo lo hizo aún peor que yo.

TENÍA OCHO AÑOS Y ME BAÑABA CON UN TRAJE
VIEJO

Carmen Hernández Rodríguez

Mi playa era la playa de *Las Canteras*. Iba a La Cícer a coger *burgaos*. Había muchas piedras y yo los cogía con una traba de pelo. Me bañaba con un traje de vestir, con un traje viejo, porque si me bañaba con bañador mi madre se enfadaba mucho y me *jalaba* de los pelos. Un día, mi madre, casi me mata porque me vio en las rocas con la falda remangada y decía que los niños me miraban. Tenía ocho años y me bañaba con un traje viejo...

AQUÍ ES DONDE APRENDO

Gloria Rodríguez Santana

Cuando era pequeña no fui al colegio. Me enseñaban en mi casa. El primer día me dieron un papel para hacer rayas. Me enseñaban labores de la casa, a coser y a fregar. Mis padres y mis hermanos también me enseñaron. Ahora este es mi colegio. Aquí es donde aprendo.

HOMENAJE A DON VALENTÍN DE ARMAS

Manuel Santana Herrera

Por lo menos en mi época, los médicos iban a domicilio. Recuerdo que para mi padre, que en paz descansa (por cierto, estaba yo haciendo la mili), vino a mi casa el doctor neurólogo Don Valentín de Armas, que vivía en la calle Castillo (del Ayuntamiento para arriba, antigua subida a Tafira). Mi padre subió al cielo a los quince días del tratamiento por un ataque cerebral. Recordaré siempre que una de las veces que nos visitó a casa, ni siquiera quiso cobrar, pues el doctor había observado de su gravedad.

Y hablando de *las madres y el pomo*, como se decía antes, fui varias veces a Guía, a Arucas y a La Paterna. Fui a los tres porque no coincidían en el diagnóstico. Llegaron a ponerme incluso ventosas. Estos señores que me atendieron no eran doctores, por supuesto. Eran personas verdaderamente apañadas que tenían un don de gracia.

JUGAR A APRENDER

Soledad Ortega Castellano

Estudí en el Colegio del Carmen. Era un colegio de monjas y mi maestra se llamaba Sor Blasa. Y mi juego favorito era aprender. Jugaba cuando sumaba, multiplicaba y dividía. En el patio paseaba porque las monjas no nos dejaban correr y mientras paseaba, iba sumando y seguía multiplicando y pensaba que de mayor quería estudiar para ser maestra.

MI CABALLO DE METAL DORADO

Raúl Barreto

Como estamos en carnaval contaré cuando yo tenía nueve años y vi pasar los carnavales desde la azotea de la casa en la que vivía en la calle Salamanca, en Santa Cruz de Tenerife. Empezamos a tirar un montón de serpentinas. Vivíamos en un ático. Mi padre trabajaba en Trasmediterránea, era inspector. Yo era muy revoltoso y un poco malo. Siempre me llevaban a casa de mi abuela. Recuerdo pasar mi vida en casa de mi abuela. Mi abuelo era capitán de los barcos de vela y cuando hacía un viaje a Cuba, tardaba hasta cuatro meses en llegar. Vivían en una casa muy grande. La parte de abajo era un salón que tenía seis ventanas. El otro salón tenía un piano, una mesa comedor y tenía una escalera de película, como las de las películas de aquellos tiempos...por cierto...yo bajaba por la barandilla montado a caballo. Era de metal dorado, mi caballo de metal dorado.

LAS ALPARGATAS AZULES

Carmen Artiles Santos

La Primera Comunión y la Confirmación las hice juntas. Iba al catecismo y me prepararon para las dos cosas. Vestida de blanco con un tul y con unas alpargatas azules. No había zapatos porque éramos once hermanos. Yo era la mayor y mi padre era camarero. Ese día no recuerdo un peinado especial porque no me peinaron, no se usaba y tampoco sacaron fotos.

Hice la Comunión en la iglesia de San Cristóbal y el cura se llamaba Don Francisco. Estaba muy contenta ese día con mis alpargatas azules y encarnadas.

EL CABALLERO CON MAYÚSCULAS

Mª del Carmen Rivero Rodríguez

Nací el día 9 de julio de 1929.

Mi primer colegio fue en León y Castillo, cerca del parque de San Telmo. La profesora se llamaba Doña Adolfiná. Era una señora mayor muy amable y cariñosa. Lo pasábamos muy bien y aprendí lo que hoy sé, que no es mucho pero bastante para defenderme en la vida.

Estuve trabajando en Philips veinticuatro años. Cuando dejé de trabajar fue para casarme con un hombre que era un caballero, un caballero con mayúsculas. Estuve casada con él cincuenta y cuatro años y cuando murió, hace cinco años, creí que yo también me moriría con él, pero Dios me dejó aquí para que criara a mis cuatro hijos que, gracias a Dios, salieron casi como su padre de buenos.

Yo tuve una ilusión de joven: ser monja, pero cambié de ilusión cuando conocí a mi marido.

Volviendo atrás, muy atrás, mi vida fue como la de cualquier niña corriente...del colegio a casa.

EL VALBANERA

Juana Monzón Santana

Mi padre fue a Cuba cuando era joven, y un hermano, y mi abuelo. Entonces fue cuando se les escapó el barco...El Valbanera...el barco que se hundió y en el que, por suerte, se libraron de morir ahogados al no viajar en él. Se libraron del accidente. Y, desde entonces, yo siempre tuve ganas de ir a Cuba y las casualidades de la vida hicieron que fuese con la empresa que yo trabajaba, y fue una gran satisfacción para mí porque además iba a un congreso. Fui en el primer avión que salió de Las Palmas directo para Cuba...

NOTAS AL TALLER

13 DE FEBRERO DE 2014

El Valbanera...es curioso cómo en muchos de los talleres aparece este nombre y cómo, al menos en dos ocasiones, nos hablan de padres o abuelos de los participantes en el taller e incluso algún conocido que, milagrosamente por esas cosas del destino, ya con su billete sacado, perdieron el barco salvándose así del naufragio. Este barco protagonizó uno de los episodios más trágicos de la emigración canaria, hundiéndose en aguas caribeñas en 1919 con 488 personas a bordo, en su mayoría canarios.

“El Valbanera partió el 10 de agosto de 1919 desde Barcelona rumbo a América e hizo escalas en Cádiz, Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, San Juan de Puerto Rico, La Habana, Galveston y Nueva Orleans.

Tras su última escala en Santiago de Cuba, el vapor español, que comenzó la travesía con 1.230 personas, partió hacia La Habana con 488 personas a bordo y fue avistado por última vez en la Punta de Maisí.

En la noche del 9 de septiembre algunos marineros

de buques atracados en el puerto habanero escucharon la sirena del barco pidiendo un práctico pero las peligrosas condiciones del tiempo, hicieron imposible mandarlo.

*El Valbanera nunca llegó a La Habana y después del ciclón que provocó el mal tiempo, fue buscado hasta que un cazasubmarino lo encontró frente a la costa de Florida en un fondo de arenas movedizas.”
Canarias7*

GRAN CANARIA, PROMESA DE TRANQUILIDAD

Francisco Javier Suárez Santana

Por motivos de trabajo, era subteniente de la Guardia Civil, viajé a Jaén. Me gustó mucho conocer un lugar distinto porque antes no había tantas posibilidades de viajar. También trabajé en el País Vasco durante dos años y medio. Allí no salía mucho porque preferíamos estar en casa por nuestra seguridad. Teníamos miedo a los terroristas. Una vez, cuando paseaba por un túnel, escuché un disparo y tuve que agacharme para no caer muerto.

La diferencia de un lugar a otro, era la tranquilidad que me prometía Gran Canaria, y por fin me destinaron aquí. Estuve un tiempo viviendo en Vecindario hasta regresar a Las Palmas. Y aquí vivo con la tranquilidad del mar.

¡A LO BRUTO!

Silvia Cabrera

Tengo cuatro hijos, dos varones y dos hembras. Los dos primeros (niño y niña), los tuve en este mismo Centro. ¡Qué dolores pasé con el primer parto! Mi marido que estaba fuera pensaba que me moría y yo pedía que me lo sacaran como fuera. Los dolores eran horribles y hoy en día no se me olvida. En aquel tiempo no me pincharon, era a lo bruto, a lo natural.

Al principio mi hija no respiraba. Le golpearon en las nalgas hasta que respiró. Yo no la pude ver, me la enseñaron de lejos. Esa misma noche no estuve con ella. Me la pusieron en la cuna porque yo estaba mal: tuve una hemorragia y estuve en recuperación cinco días. Al tercer o cuarto día fui al nido y pedí que me dieran a mi hija y me la llevé al cuarto. Fue lo más bonito que vi y un sentimiento que me daba en el pecho...estaba muy feliz, demasiado feliz. Lo que más recuerdo es que tenía mucho pelo. Desde antes de nacer sabía que se llamaría Jessica y era lo más bonito que había visto y me dije que no iba a tener más hijos...y, aunque no olvidé aquel dolor, claro que tuve más.

CANTINFLAS

Juan Castellano Rodríguez

Lo típico del carnaval de entonces, era como ahora: ponerse la careta y salir a bailar, ¿me conoces *mascarita*?

Yo iba al baile de carnaval del casino de Guía. Solo iban algunos disfrazados, no todos. Algunos hombres se vestían con el traje de la mujer y se ponían un pañuelo para tapar el "totiso" y que no lo conocieran. Comíamos torrijas y tortillas de carnaval. Íbamos por las casas pidiendo huevos. Esos huevos volvían a recaer otra vez en la misma persona porque donaba los huevos y luego se comía la tortilla hecha con esos mismos huevos. Solo me disfracé una vez y fue de Cantinflas.

EL JUEGO DEL CLAVO

José Padilla

El juego del clavo...el que más me gustaba. Jugábamos en la arena de la playa de Las Canteras. Había que clavar un clavo en la arena. Primero se hacía una montañita de arena y después, desde distintas partes del cuerpo (codo, mano, hombro, cabeza...) se tiraba y se tenía que clavar. La última tirada se hacía desde la cabeza.

A LA COLA Y A EMPEZAR OTRA VEZ

Francisca García Rodríguez (Paca)

Yo lo que recuerdo es llegar del colegio, subir a casa a por la merienda y luego salir a la calle a jugar a la soga. Dos daban a la soga y las demás íbamos entrando. Las que tropezaban perdían y a la cola a empezar de nuevo. Y cantábamos *el cocherito leré, me dijo anoche, leré, que si queríamos, leré, montar en coche, leré...* Cuando íbamos a la playa también jugábamos al clavo, como José.

Y después de tanto juego a casa a estudiar, porque si no lo hacíamos al día siguiente no nos dejaban bajar a jugar a la calle.

DESAYUNAR CHURROS CON CHOCOLATE

Dolores García Santana

Hice la Primera Comuni3n a los nueve a1os. La hice en *Las hermanitas de los pobres*, la iglesia que estaba en General Franco en aquel entonces. Fui vestida de blanco, con unas alpargatas negras y un manto. Nos llevaron a ver a las viejitas que estaban en el asilo. Desayun3 churros con chocolate. Esa fue la celebraci3n...desayunar churros con chocolate. Despu3 nos quitaron la ropa. No nos dejaron salir con ella, era para tenerla solo dentro porque era prestada. Ese d3a estaba contenta, pero me dio pena que me quitaran el vestido.

EL MÉDICO, EL PRACTICANTE, LA PENICILINA Y LA INSALUD

Florencio Medina Reyes

¿El médico que recuerdo?...¡Sí! ¡Peña!...Ese era el nombre de un médico en Gran Tarajal, en Fuerteventura. Viví dos años en Gran Tarajal y cuatro en Puerto del Rosario. En aquellos años, los niños estaban siempre en casa del médico. No costaba mucho. El practicante iba siempre al lado del médico y la penicilina...Los adultos se quitaban las enfermedades con remedios que quitaban la *insalud*.

FELICIDAD, SOLO FELICIDAD

Blanca Rosa Pérez

Me dicen que escriba algo, pero no sé qué escribir. Mis padres, Leoncia y Miguel Pérez, los padres más buenos del mundo. Una familia muy unida y feliz. Me hicieron una niña muy feliz y a pesar de que hace tantos años de todos esos recuerdos, siguen estado aquí...

TERCERA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO

FERMINITA SUÁREZ

EL NIÑO QUE ESPANTABA PÁJAROS

Santiago Déniz Suárez

No sé leer ni escribir porque nunca he ido a la escuela. Empecé a trabajar desde que era niño, un niño muy pequeño. No tuve regalos de cumpleaños. No había juegos en mi casa y tampoco había flores, no había tiempo para jugar ni para cuidar flores. Salíamos todos a trabajar en los tomateros desde que amanecía. Yo también. Tendría cinco o seis años y, hasta que tuve edad para pasar a plantar los tomateros, estaba de sol a sol pendiente de que los pájaros y las palomas no se comieran las semillas de los tomates. Las espantaba agitando los brazos y corriendo de un lado para otro. Era mi único juego, y nunca tuve otros niños que jugaran conmigo. Los otros niños seguro que estaban en otros semilleros haciendo lo mismo, muchos niños espantapájaros mirando todo el rato hacia el cielo para que nadie les riñera por dejar que las aves picotearan la simiente que luego plantarían y recogerían sus padres.

NOTAS AL TALLER

2 DE OCTUBRE DEL 2014

“Solo salió de aquellos tomateros para ir al cuartel. Le pregunté si le había puesto nombre a algún pájaro y me contestó que llegó a conocer a muchos solo por el vuelo o por cómo trinaban antes de intentar picotear las semillas. Me mira con los ojos muy abiertos; pero realmente yo sé que jamás ha dejado de seguir aquellos vuelos lejanos del pasado. Lo veo agitar los hombros inconscientemente mientras habla. No me lo cuenta, pero estoy seguro de que él también soñaba que tenía alas.” Santiago Gil

PELUQUERÍAS: LAS MAÑAS DE LA ÉPOCA

Mercedes Falcón Luján

En el pueblo en el que viví no había peluquerías, era pequeño y estaba muy lejos de todo. Por eso, varias vecinas hacían las veces de peluqueras y ellas nos lo cortaban, pero nunca me lo cortaban mucho porque llevaba el pelo muy largo. Luego, siendo un poquito más mayor, yo venía mucho a Guía y Gáldar y así aprovechaba para hacer de las mías, me cortaba el pelo en las peluquerías y me hacían las mañas que eran de la época. Luego me marché a trabajar a los almacenes y ya podía ir a las peluquerías más famosas pero no me acuerdo de los nombres. La primera señora que me cortaba la llamábamos Maruca y aún vive. Luego yo aprendí a peinar y a cortar a las compañeras, y a mis hijas, y aún peino a mis nietas que les encantan los peinados que les hago de vez en cuando.

PON LA MANITA...PLAM, PLAM, PLAM

Antonio López

Yo quería estudiar mucho y no podía ser. Mi padre era muy pobre: había que pagar cinco pesetas para la casa y todas las cosas, y mi padre solo ganaba cuatro pesetas. Mi padre, como no podía, iba de Sardina a Mogán caminando. Salía el domingo para llegar el lunes. Fuimos saliendo *al golpito*. A mi padre le dieron una fanegada de tomates y gracias a eso fuimos saliendo adelante. Cuando mi padre salió de las agonías, íbamos a la escuela de pago por la noche.

De pequeños íbamos a la escuela con una maestra, pero no entendíamos nada porque solo pensábamos en el juego. Me llamaba la maestra a la lección pero no me la sabía...*pon la manita... plam, plam, plam...* Al día siguiente, ya me sabía dos o tres letritas.

EL CABO FURRIEL

Cristóbal Castilla

Soy de Tenerife y me vine a Las Palmas a hacer el servicio militar. Me tocó en el cuartel de San Francisco. Allí estaban las oficinas y allí me eligieron *cabo furriel*. El sargento, cuando se iba, decía que yo era el que mandaba allí. Él casi nunca estaba, así que yo elegía quién hacía las guardias, quién iba a Intendencia a buscar el pan de los oficiales... Allí conocí a mi mujer y cuando me licencié me casé con ella y nos fuimos a Venezuela. Allí nació mi hija mayor. Mi hija enfermó y entonces volvieron. Ella ya estaba esperando el segundo hijo. Yo seguía en Venezuela pero aquello se puso mal y regresé a trabajar en construcciones militares como encargado en el Hospital Militar. Allí me jubilé y aquí estoy.

NOTAS AL TALLER

15 DE ENERO DE 2015

Hay olores de ausencia, olores soñados, olores de alegría...y sobre todo...olor a gofio.

Belén cierra los ojos y recuerda el olor de sus potajes; Concha abría las ventanas y olía a dulce; Emilia, el olor de las higueras; Antonio se emociona cerrando los ojos y respirando el olor de la colonia de su madre; Antonio López huele a naranjas...

Y a incienso, a ropa limpia, a campo, a tunos, a duraznos, a heliotropos...

MI PRIMER RELOJ DE PULSERA

Inés Santos

Tuve mi primer reloj a los catorce años. Me lo regaló mi padre. Yo lo quería tener hacía mucho tiempo, pero mi padre me decía: y lo vas a tener...Y realmente fue así, me lo trajo un día por la mañana y me quedé como paralizada. Era un reloj de oro y nada más y nada menos que un *Omega*. Lo único que se me ocurrió hacer fue abrazarle y darle muchos besos. Fue un regalo maravilloso y realmente sin esperarlo...un regalo tan importante. Fui muy feliz. Fue en el año 1948 en Buenos Aires ... todavía lo conservo.

SAHUMERIO

Nieves Cáceres

Me acuerdo de la acequia grande.

Oía a flores y a higuera.

Había luz de petróleo.

El agua bajaba para regar los tomates.

Todo oía a tomates.

Y a guano.

Y a estiércol.

Y mi madre.

Y mi casa.

Oía a sahumero.

MAGIA DE COLORES

Gregorio Santos

Yo no puedo hablar de un camino. No tenía camino porque desde que nací hasta los dieciséis años estuve en el Internado. Solo nos llevaban a jugar al Campo Grande. Había pavos reales que andaban sueltos y de cuando en cuando, cuando llegaba la magia, desplegaban la cola, con miles de colores, en forma de abanico...era maravilloso ver su cola desplegada y sus andares elegantes. Al Campo Grande iban a *pelar la pava* las parejas de enamorados. Recuerdo también un parque de recreo de niños que se llamaba *Pipo y Pipa* porque allí lo pasábamos *pipa* en los toboganes, los columpios, las cadenas...Los caminos fueron apareciendo. Cuando hacíamos la Primera Comunión y cumplíamos ocho años, nos sacaban del Internado y nos llevaban al cementerio de Valladolid. Era un cementerio muy grande. Los niños jugábamos entre tumbas y panteones al *pilla pilla*. A mí no me daban miedo las tumbas. Lo que me daba miedo de verdad eran los cipreses. Otro camino: la primera vez que pisé Canarias. Fue en el año 1966 y yo tenía treinta y dos años.

EL TRAMO DEL CAMINO

Manuel Jiménez

El camino del callejón de la escuela de párvulos es uno de los más importantes recuerdos de mi niñez. El camino para mí fue siempre inolvidable, porque Doña Carmen, la Maestra, era una persona que enseñaba con cariño y trato infantil especial. Es posible que esas dotes hicieran que yo nunca odiara a los “peninsulares” porque Doña Carmen era de Valencia. No se puede narrar la emoción que tuve el año que fui a Las Fallas. Recorrí varias calles. El Miguelete, la Catedral, la casa del Cid Campeador, D. Rodrigo Díaz de Vivar, que entregó las llaves al Rey que dio nombre al Reino de Valencia. Todo el tiempo de esas visitas me recordaba a *La Maestra* y por tanto también al camino de la escuela.

NOTAS AL TALLER

18 de diciembre de 2014

“La navidad es muy triste para los que venimos grandes y siempre nos falta alguien en la mesa.”

María

“No había para Reyes, pero recuerdo a mi madre acercarse, yo me hacía el dormido y ella metía debajo de la almohada unas galletas envueltas en una servilleta. Nunca le dije que sabía que era ella.” Teodoro

APRENDER. QUERÍA APRENDER.

Eduvigis Margarita Quintana

¿Qué quería ser de mayor? Me gustaba jugar al tenis para ser tenista y es que tenía cuerpo para ello. También quería ser azafata. Aprender. Quería aprender. Después empecé la carrera de Hostelería y empecé con el carné de camarera. Seguí estudiando y conseguí el de sub-gobernanta y cuando quedó el puesto libre me lo dieron y, finalmente, logré ser gobernanta general y ganaba en aquellos tiempos muchísimo dinero. Trabajaba en el Sun Club de Playa del Inglés. Trabajé allí con el hermano de Teodoro (Teodoro es un compañero del taller).

Me dejaban muchísimo dinero en propinas: marcos, chelines...las guardaba en un bote de cristal enorme. Al final dejé el trabajo porque no tenía quien cuidara a mis hijos.

HICE DE MI VIDA UNA NOVELA INMENSA

Teresa Pulido Reyes

De niña me gustaba saber y saber de todo: maestra, enfermera, cantante, artista dramática... representar grandes tragedias. Me gustaba leer en alto, como si estuviera recitando.

El ropero de mi casa tenía un espejo grande y yo me miraba en él moviendo las manos, sintiéndome como una artista. Leía todo lo que me prestaban porque no podía comprar libros. A Pérez Galdós, *La loca de la casa*...Imaginaba que la loca era yo. A León Tolstoi, *Ana Karenina*...Yo también era Ana Karenina...En fin, que hice de mi vida una novela inmensa. Hasta que un día me dije: Teresa, termina ya tu novela.

Me gusta la declamación, el canto, el baile, pero para nada serví, porque si de verdad hubiese servido para algo, de alguna manera hubiera salido.

Ahora, la verdad, si lo pienso, la vida, el mundo, fue mi gran escenario, donde traté a trancas y barrancas, vivir la vida. No me quejo de nada, he viajado mucho, he vivido lo más pobre posible, he vivido lo más alto posible, conocí los mejores hoteles del mundo...A ver si todo esto no tiene olor a tragedia...

JUEGOS, INFANCIA, POR TRABAJO.

Emilia Gutiérrez Santana

En aquellos tiempos no había juguetes. Una vez mi madre se encontró o compró, no estoy segura, una muñeca. La guardaba y la guardaba para dármela para Reyes, pero un día la vi y lloré y lloré hasta que me la dio. Solo un año estuve en la escuela. Pronto tuve que empezar a trabajar. El primer año en el almacén. Tenían que poner tablas porque no llegaba. Ahí ya dejé de jugar. Cambié los pocos juegos, los estudios, por los tomateros. Recuerdo acostarme en la cama con un huevo duro. No había nada más para comer. La casa era antigua y las puertas eran todas de madera. Al salir encontraba higueras, tuneras y muchos árboles frutales. Estuve mucho tiempo vestida de negro, de luto, por la muerte de mi padre. Un día me lo quitó, mi madre no quería, pero yo sentía que mi padre me estaba diciendo que me lo quitara. Mi hermana y yo compartíamos el único par de alpargatas que había en mi casa. Cuando iba al colegio me las ponía y mi hermana se quedaba descalza. Cuando hice la Primera Comuni3n, me compraron mis primeros zapatos. Tenía nueve a3os y solo me los podía poner los domingos.

A PUNTO DE AHOGARME, PERO NO SIN MI ARO

Francisco Santana

Mi juguete preferido era una rueda de alambre de acero que me dio un amigo. Estaba todo el día jugando con el aro. Un domingo, me acuerdo que se me cayó en la acequia y tuve que esperar hasta el lunes para ir a recogerlo y casi me ahogo, porque vino el agua, me caí y quedé justo debajo de unos bloques. Gracias a unos señores que pasaban por allí y que levantaron dos piedras y pude salir pero con el aro en la mano...a punto de ahogarme pero no sin mi aro. Ya nunca me acerqué a jugar donde hubiese agua. Mira que corría y corría, y sudaba y sudaba con mi aro...¡pero no lo largaba! Mi juguete máspreciado.

LA ESTRATEGIA DE MI JUVENTUD

Mª del Carmen González Piqueras

Cuando me pidieron en matrimonio fue algo gracioso. Estuvimos todos reunidos: mis futuros suegros y toda la familia. Al final, pasó el tiempo y no sé qué pasó que se suspendió la boda. Mi reacción fue que, sin saber por qué, ya no me casaba y salí para Sevilla. Pero cuando él se enteró de que me iba y ya no quería casarme, cogió un avión y se plantó en Málaga, que era la ciudad a la que yo iba a llegar en barco. Tal fue mi reacción que seguí mi viaje y le dije que no quería casarme. Pero él arregló todos los papeles en el Consulado y se marchó detrás de mí a Sevilla. Al final, después de todo, nos casamos en Jesús del Gran Poder de Sevilla. Fue una boda de mucho cuidado. Él, tierno y cariñoso, me hizo siempre feliz.

Como siempre mi padre trabajaba en la agricultura, por eso teníamos perros, cabras, palomas, gallinas... entonces, un vecino que era el hijo del dueño de los tomateros y muy amigo de mis hermanos, el muchacho que en paz descanse, nos dio un par de conejos a mi hermano y a mí. Los cuidábamos mucho: les cogíamos hierba para darles de comer, los peinábamos, los limpiábamos...Un día, nos quitaron los conejos y...¡se los comieron! Mi hermano llorando, claro, porque tenía un año y medio.

Mi padre también tenía cabras y cuando parió un baifito, también lo cuidamos. El baifito andaba suelto. Un día, mi hermano mayor y sus amigos lo cogieron y...¡se lo comieron! Lloramos mucho. No había quien calmara a mi hermano el más chico. Le decían: eso es que se salieron; y él decía: que no, que no, que los cogió alguien...Y entonces mi hermano lo vio colgando en una caseta y esa misma noche, se lo comieron.

EL N° 7: RAMÓN EL VASCO

José Ramón Suárez

Nací en Pasajes de San Pedro y fui hijo de la guerra. Nací en el País Vasco y quería ser futbolista. Puse mucho empeño en ello y conseguí jugar en el Sporting Oza de La Coruña. Jugué dos años de extremo derecha con el número siete y me llamaban *Ramón el vasco*. Después estudié la Formación Profesional y con mucho trabajo y esfuerzo, fui soldador y un catorce de abril, tuve *la desgracia*; he muerto y vuelto a nacer. Hubo un accidente y recibí una descarga eléctrica de 1.000 voltios. Pero estoy aquí y recuerdo muchas cosas: mi peluquero, Don Genaro, cuando era niño en Euskadi; Don Alfonso y Suso, en Galicia; mi colegio, Nuestra Señora La Virgen del Carmen; los cien escalones que bajé subido en mi *goity* (carritos que hacíamos con ruedas de los molinos); mi tía Josefa y su plantación de patatas y maizales; pasar la cesta en la iglesia y quedarme con algunas monedas; mi abuela Josefa y mi abuelo Alejandro y mis abuelos canarios, Florenita y Nicolás...

NOTAS AL TALLER

14 DE AGOSTO 2014

“Tú le hablas a una animal de lejos, con el corazón, y ellos te escuchan” Teresa

Hoy todos hemos llorado. Todos hemos recordado a un amigo al que nos negamos a llamar mascota... y que hemos querido... y que ya se ha ido. Hoy hemos compartido un amor que ha sido unánime por los animales. Hoy, con nosotros, han estado Pitusa, Balduino, Tobi, Linda, Gatillo, Tara, Poti, Gilda...

DESDE MI VENTANA, DESEABA SU LIBERTAD

Belén Martín Fernández

Yo nunca he tenido mascotas. Tampoco recuerdo a nadie cercano que las tuviera, pero donde yo vivía, había muchos perros callejeros. Los veía desde mi ventana. Notaba que se acercaban a las personas buscando alimentos y cariño. Cada cierto tiempo, venían de la perrera y se los llevaban. Los cogían de muy malas formas. Me daba la sensación de que los maltrataban. A los pocos días, la calle se volvía a llenar de perros nuevos hasta que otra vez se los llevaban.

Me gustaba mucho verlos saltar y jugar.

¡Me hubiese gustado tener la libertad de esos perros!

EL CINE ESTRELLA

Juan María Nuez Gil

El cine de Moya era de mi tío. Me gustaban las películas del oeste y las variadas. Me acuerdo mucho también de la película *Los diez mandamientos*. Cuando salíamos jugábamos a indios y vaqueros por las calles del pueblo. Me gustaba ser indio o ser vaquero. Tenía una cartuchera con una pistola de mistos que me ponía cuando hacía de vaquero. Me sentaba en las butacas o en el gallinero. Había un descanso de 15 minutos en el que íbamos al bar a comprar dulces, golosinas y pastillas de goma. Se llamaba el *Cine Estrella* porque era el nombre de mi prima, una de las hijas del dueño. También iba al cine con mis hermanas, que se llamaban Salvadora, Trinidad y Dolores, o con Sebastián, Salvador, Ignacio o Manuel, que eran mis hermanos. Yo fui muy feliz en Moya, tanto en la casa que teníamos en el pueblo como en la de la finca. Me gustaba echar a volar cometas en las azoteas.

MI CABALLO DE CARTÓN...O DE VERDAD: EL VELOZ

Antonio Reyes Suárez

Yo jugaba mucho con un caballo colorao. Lo tenía en mi habitación y era de cartón; pero también era de verdad y estaba en la cuadra de mi casa de Lagunetas. Si cierro los ojos no recuerdo si el caballo era de cartón o de verdad, aunque creo que era de verdad y que yo me subía en él para cabalgar por las fincas. Sí sé que se llamaba "El Veloz".

También me gustaba jugar con la pelota. Imitaba a Silva y a Mújica, que vinieron a jugar a Las Palmas cuando dejaron el Atlético de Madrid; pero el mejor jugador que he visto ha sido Juan Guedes, y el mejor equipo, el de la Unión Deportiva, en el que jugaban Guedes, Germán, Tonono o León. El entrenador era Luis Molowny...

LA CASA DEL INGENIO DE SANTA LUCÍA

Plácida Pérez García

Mi padre, que en paz descanse, era un hombre muy trabajador y muy amañado para todo porque éramos once hijos. Mis padres murieron dejando a todos sus hijos atendidos. En una laderita les hizo un piso a todos.

La casa de mi infancia era de paredes de piedra. El suelo era primero empedrado y luego se ponía encima hojas de palmas, pero en la época de las pulgas, cuando hacía mucho calor, había que estar limpiando todo el día. Teníamos que tenerlo todo muy aseado porque era horrible cuando nos picaban. Mi padre hizo una cocina fuera de la casa, así era mejor para los olores y para que no se quemara. Ahora ya está más arreglada. La casa estaba en el Ingenio de Santa Lucía.

NOTAS AL TALLER

23 de octubre de 2014

Desde que comenzamos el taller en este centro, cada jueves veo pasar a un señor por la ventana. La ventana queda a la altura de su cabeza porque va en una silla de ruedas. Lleva siempre un sombrero de cowboy con muchas firmas (más tarde supe que eran firmas de los trabajadores del centro), se queda un buen rato mirando por la ventana pero no me atrevo a decirle nada, parece muy serio.

Hoy, por fin, se ha atrevido a entrar. Ha puesto el sombrero en el suelo en señal de respeto. Se llama Jacinto y ha pasado toda su vida en el mar.

NAVIDADES EN ALTA MAR

Jacinto Artilles

A los catorce años todos los niños de la familia se iban a trabajar en la mar. Cuando cumplí los catorce yo también fui y navegué hasta que me jubilé. Y desde entonces mis navidades eran en la mar. Las recuerdo con el mejor pescado, un buen mero, que era el que más le gustaba al armador y era el que comíamos nosotros. Antes de salir a navegar, ya el dueño ponía las cosas de Navidad en las bodegas: dulces, pan, chocolates...

En puerto no valía la pena bajar del barco, porque las navidades siempre coincidían con puertos extranjeros y era peligroso porque había navajas, pistolas...pero en España no. Siempre me sentí seguro en los puertos españoles.

Cuando era más pequeño siempre vinieron a mi casa los Reyes Magos y Papá Noel. Para mí, al ser criado en la mar, los buenos regalos eran unos buenos anzuelos y un buen cordel.

Después de tantos años en el barco, aún siento el movimiento del mar. Eso es verdad...

MARÍA, UNA NIÑA ADMIRABLE

María Ortega Macías

Cuando era pequeña iba con mi hermana que era cuatro años más pequeña que yo y vendíamos jaboncillos Lux y Palmolive. También Heno de Pravia. Íbamos por la calle de acera en acera. Vendía fiado e iba a cobrar los fines de semana. Y cuando mi hermano mayor hizo un banco para vender hielo, iba con él. Con un aparato picaba el hielo y echábamos tinte de fresa, chocolate, menta...se quedaba como una granizada. También iba con mi madre a San Cristóbal a comprar pescado para vender en el puesto que tenía mi madre. Mi madre siempre tenía mucho pescado fresco. Trabajé siempre, desde muy pequeñita sabía buscarme la vida. Los fines de semana también iba al cine y compraba entradas que luego revendía y siempre lograba colarme en el cine a ver la película y cuando no podía entrar, me desconsolaba viendo a mis amigas entrar. Todo el dinero que sacábamos mi hermano y yo se lo dábamos a mi madre. Éramos pobres, pero fui feliz.

¿A QUÉ HUELE MI INFANCIA?

Antonio González Hernández

A brevas, a melón, a sandía... Bueno, a toda la fruta y me acuerdo de un pueblo de Legazpi, en Madrid. Recuerdo cómo mis amigos y yo íbamos a robar naranjas, sandías y manzanas al mercado central de Legazpi...era cosa de niños. Mis amigos eran Carlos, Antonio y Luis. Con la fruta que cogíamos, nos sacábamos unas perrillas para comprar golosinas y jugar al futbolín. Y con lo que llevaba a casa, mi madre y mi hermana hacían mermeladas para la merienda. La que más me gustaba era la de ciruela.

LOS REYES MAGOS

Francisco Rodríguez

Nosotros éramos pobres. Cuando éramos pequeños siempre me regalaban una pelota hecha de calcetines, un camión hecho con una lata de atún, vergillas, botes de betún y cañas. Cuando era mayor, solo unos patines. Recuerdo ese día como el más dulce, porque era de las pocas veces que comíamos caramelos, peladillas y las tortillas de “la vieja”. Luego íbamos a casa de mi abuela a llevarle su regalo y me emocionaba al verla contenta. Además, le encantaba verme con la pajarita que me ponía mi madre todos los días de Reyes.

PUEDO VIAJAR CON ELLA SIN COGER UN AVIÓN

Asunción Álamo Cardoso (Cocó)

Cuando era pequeña y jugaba con mis muñecas pensaba que cuando fuera mayor ya no tendría muñecas a las que quitar la ropa y bañar, porque tendría que hacerlo con mis propios hijos. Pero no tuve hijos. Tardé mucho en echarme novio, por eso la iglesia estaba llena el día de mi boda, nadie se lo creía...de tanta gente que había si tirabas una naranja no caía al suelo. Y tardé en casarme pero antes me lo pasé muy bien. Iba a los bailes. ¿Sí Cocó? ¿Y con quién ibas? A los bailes nunca iba sola, iba con mi bolso, no bailaba pero escuchaba la música. Me gusta toda la música. Me hace sentir bien, puedo viajar con ella sin coger un avión. Me hace sentir viva.

TERESA, ANTONIA, TERESA, ANTONIA

Antonia Moreno Moreno

Nací un día. Un día en el que mi nombre iba a ser Teresa...o, mejor, un día en que todavía no tenía nombre. Mi madre me tenía en sus brazos y mientras me miraba con los ojos, imagino, llenos de lágrimas de felicidad, como yo miré a mis hijos cuando nacieron, le preguntó a mi padre que en ese momento salía por la puerta para ir a Guía a inscribirme en el registro:

- Francisco, ¿cómo le vas a poner a la niña?

- Antonia

- ¡No, hombre! Ponle Teresa, como mi hermana.

Y mi padre fue allí y puso lo que le pareció. Cuando volvió, mi madre le dijo:

- Por fin, ¿qué nombre le pusiste a la niña?

- Teresa

Y es que mi madre no sabía leer.

Y así fue que siempre me llamaron Teresa, pero cuando me fui a casar y mi madre fue a la iglesia a sacar la partida de nacimiento...¡Ay mi madre! La pobrecita pidiendo al cura la partida de nacimiento de *Teresa Moreno Moreno*, el cura buscando y

buscando, hasta que al final el cura dijo, un poco desesperado:

- Mire, aquí no hay ninguna Teresa Moreno Moreno, pero sí una Antonia.

- Pues será esa- dijo mi madre.

Y a partir de ahí fui Antonia y soy Antonia.

RECUERDOS

Pino Tejera

Yo no conocí a mis abuelos, pero sí conocí a mis abuelas. Recuerdo muy poco a la madre de mi madre que siempre estaba sentada tras la puerta, pero la recuerdo muy ancianita. Como yo era muy niña, no recuerdo nada más. Recuerdo cuando murió que mi hermana me tenía en los brazos, pero no recuerdo nada más. De la madre de mi padre me acuerdo menos, pero sí me acuerdo que siempre me tenía algo guardado, pero no golosinas porque en ese tiempo no había. No recuerdo a mis abuelos porque ellos murieron antes de que yo naciera. De mis padres sí recuerdo muchas cosas pues estuve con ellos hasta que murieron. Sé que eran unos padres muy buenos. Jamás tuve queja de ellos, hicieron todo lo que pudieron para sacar a ocho hijos adelante. Trabajando mucho, como se vivía en ese tiempo.

DE LOS ÁRBOLES A LAS CUARTERÍAS

Antonio Ortega (Nono)

Me gustaba ir a la finca para subir a los árboles. Subía a los castañeros, algarroberos, al nisperero, y también a la granada. Recuerdo que en el barrio de San Nicolás había un árbol de perinola madurita y la comíamos. También las támara de las palmeras...Ahora todo está cambiado. Recuerdo la salida para el Norte de Gran Canaria. Por ese camino encontrabas mucha cuartería de madera. Las familias vivían allí. Las casetas se hacían de maderera y algunas con chapa de uralita; los techos también. Más tarde, a la gente de la cuartería se la llevaron para Jinámar y así empezaron los barrios.

AL CINE CON ZAPATOS

Juan Pérez Pérez

Veníamos al cine desde Sardina a Vecindario. El camino estaba lleno de tomateros y el cine se llamaba San Rafael. Venía con mi hermano los domingos por la tarde. Bajábamos con alpargatas que luego colocábamos en un zoco que había cerca del cine. Al cine se iba con zapatos y nosotros los traíamos en la mano. Luego regresábamos cuando caía la noche, otra vez con las alpargatas.

EL SEÑOR DE LA CHAQUETA

Francisca Suárez (Tina)

Yo vivía de niña en Los Llanetes, en Valsequillo. Un día, cuando yo tenía once años, vino un señor y tocó en mi casa preguntando por mi padre. Yo salí a avisar a mi padre a una fiesta en la que se encontraba en ese momento. No me dio tiempo a que terminara de hablar y corría como un loco hacia mi casa dejándome atrás. No le pregunté quién era aquel hombre, ni qué buscaba.

Unas semanas después, cuando iba a buscar agua en la acequia, vi a ese señor cantando en lo alto de un risco. “En la puerta de la cárcel no me vengas a llorar, ya que no me quitas penas, no las vengas a dar”. Cantaba muy bien y llevaba la misma chaqueta de lana virgen de oveja. Al cabo del tiempo me encontré en el periódico la foto de aquel señor que había estado en mi casa y que había escuchado cantar en el barranco. Era El Corredera.

LA PLUMA

Concepción Pablo (Concha)

Siempre iba de paseo por la carretera del cementerio. Iba del cementerio a mi casa porque por aquel camino había muchos árboles y hacíamos columpios. El colegio también estaba cerca. Un día, ya más mayor, la maestra me metió corriendo a la clase. Dijo que yo había hecho una cosa mala, pero resultó que era mentira. Era el tiempo en que iba a la escuela de adultos para los que no sabíamos leer. La cosa mala era que me fui a aquel camino, esta vez ya no para jugar. Esta vez, acompañaba a mi nieto en su cortejo fúnebre. Se mató en una moto. Y parece mentira que donde mismo lo enterraron a él, en el último panteón, los pájaros hicieron allí un nido. Y esto me da hasta repelús el contarlo, porque mi nieto murió un nueve de mayo y todos los meses, cada día nueve, durante dieciocho años, mi hija le dice: tú no estás ahí corazón, quiero que me mandes una señal de que estás con tu abuelo y él te cuida...Y cada nueve de cualquier mes, le cae a mi hija en casa, sin saber por dónde entra, una pluma de pájaro. Tiene todas las plumas metidas en una cajita. Quien quiera creérselo que vaya el día nueve a la casa de mi hija...nunca sabemos por dónde esa pluma entra. Mi hija deja siempre una luz encendida porque él tenía miedo a

la oscuridad; y un vaso de agua porque él siempre tenía sed.

Mi hija le pide todos los días a David que cuide de su hermano Jose Carlos, que lo proteja y lo acompañe siempre, desde allí, desde donde está.

MI PADRE

Juan José Álamo Ortega

La palabra que más recuerdo es papá porque lo quise mucho menos que a mi madre. Cuando se murió mi madre, en el cementerio, abrieron la caja y me abracé a ella, me parecía que todavía estaba caliente. Me tuvieron que despegar de ella y, sin embargo, con mi padre, lo besé y lo encontraba frío...porque quería más a mi madre que a mi padre. Mi padre...yo era al hijo que más quería.

CAROLINA

Carmen Perdomo

Siempre tuve el deseo de tener una muñeca preciosa y mi padrino de boda me la regaló. La muñeca tenía el pelo rubio y el vestido rosado y le puse de nombre Carolina.

Hay otra cosa que también me hacía mucha ilusión: quería que me regalaran un traje. Una amiga de mi hermano me dijo que ella me lo regalaría, pero nunca lo hizo. Ahora tengo todos los trajes que quiero. Y me acuerdo del vestido que llevaba la primera vez que fui a Maspalomas. Llevaba un vestido rosa y una rebeca azul. Mi sobrina guarda esa foto: la de la primera vez que fui a Maspalomas y encima con mis dos amores, mi madre y mi marido.

PESETA Y MEDIA LAS NIÑAS

Milagros Pérez

En los tomateros las mujeres ganaban cinco pesetas y las niñas peseta y media. A las niñas nos tenían para *dar tira* y para amarrar los tomateros. Nos mandaban a mojar las tiras que traían de las plataneras a la playa. Nos acercábamos a la orilla en Arinaga, las tirábamos y luego solo recuperábamos las que devolvía la marea. No sabíamos nadar y le teníamos miedo al mar. La mayoría de las tiras se las llevaba el agua para dentro. Para ir a trabajar a los tomateros llevábamos un fardo y nos poníamos chaquetas viejas de hombre para abrigarnos.

Yo vivía en el Zoco Negro. Al principio solo estaba la casa de María Pérez, que procedía de Risco Blanco, pero luego mi marido construyó nuestra casa con cal y con piedras. Aquello era todo salado, no había caminos, y cuando salíamos siempre se nos mojaban las alpargatas con el agua de los charcos.

EL AGUA QUE CORRÍA

Alejandro Ortega

Cuando era niño era mucho más chico que ahora. Jugaba con mi hermano Ángel, que murió en Barcelona. Hacíamos pelotas con tiras de plataneras o echábamos a rodar una rueda. Nos bañábamos en el barranco de Mogán y nos acercábamos a la acequia o a las cantoneras con baldes y cacharros cada vez que venía el agua para regar las fincas. Con ese agua se fregaba, se cocinaba y nos lavábamos. Todos íbamos a coger el agua que corría hacia las fincas de plataneras o de tomateros.

COSAS QUE NO TENÍAN CAMINO

Dorotea Valido

De niña era muy buena. Era rubia, de pelo largo y rellenita. Aún estaba con mi padre. Me encantaba jugar a las muñecas con mis amigas Juana y María. Éramos muy traviesas. Le decíamos a los demás cosas que no tenían camino, mentiras. Con diez años fui al orfanato y ya todo era orar, ir a misa y ser buena. No recuerdo hacer travesuras a las monjas. Mi abuelito fue el que me enseñó a rezar. Me gustaba llamarlo abuelito y él me decía “mi niña”. Me compraba helados y la primera vez que me comí uno de hielo me dolieron los dientes.

CUARTA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO EL SABINAL

LAS CANTERAS: DESDE LA CÍCER HASTA LA
PUNTILLA

Francisca Pérez

De niña me gustaba jugar con los niños a las chapas y mi abuela se enfadaba mucho. Estuve hasta los once años en el colegio. Luego me pusieron a coser. Hasta que un día de esos en los que salía con mis amigas, tropecé con un peninsular y del tropiezo salió el tonteo. Empezamos a salir pero teníamos que quedar a escondidas porque mis tías me vigilaban todo el tiempo. Quedábamos tres calles más allá. Él quería que saliésemos solos pero le dije que mi abuela no me dejaba. Así que le pidió permiso a mi tía y a mi abuela. Al año nos casamos. Fue un escándalo, pero yo dije: o me caso con él o me voy con él. Al principio mi vecina era mi carabina pero luego ella se echó novio también y así volvíamos juntas a casa. Nuestro otro camino, Las Canteras, desde La Cícer hasta La Puntilla. Todavía lo sigo haciendo y siempre que paso por delante de Churruca me paro y me veo en la playa muchos años antes, comiéndome un polo...y hoy sigo igual, parece que el tiempo no ha pasado...sábado, seis de la tarde y mi pretendiente esperándome en la puerta del cine Astoria...

EL FUEGO DEL COLEGIO Y EL TELDENSE FIDEL CASTRO

Manuel Alberto Vega Rivero

Recuerdo que la escuela de Las Perreras era la única que había en esa zona de Las Palmas de Gran Canaria, venían hasta de la barriada de Guanarteme a estudiar en ella. Lo hacían por el Camino Viejo y pasaban junto a Los Murillos, donde vivía mi amigo Juan Ferrera, que un día fue a Fuerteventura a pescar y nunca más volvió.

Había una maestra que se llamaba doña Rosa que estaba casada con Juan Rodríguez. Eran de Artenara. A mi madre la mataron al lado de una cantonera en 1936. Lo hicieron cuando yo tenía cuatro años, para robarle dos perras negras. Se llamaba Dolores Rivero Medina. Mi padre se llamaba Severino Vega Peña, procedía de La Culata, en Tejeda. Murió de brutalismo cuando yo tenía seis años, de tanto bajar a sacar bombas en pozos de sesenta metros.

Yo fui a la escuela a los siete años y solo estuve tres días. Había un maestro que se llamaba don Tomás que pegaba con el cinto, y luego llegó otro que pegaba todavía más que se llamaba Don Manuel. Entonces ya vivía con mi abuela. Pagábamos trece pesetas por la casa en la que vivíamos. No me dejaron volver más a la escuela y

yo tampoco quería ir. Estaba todo el día nadando en los estanques por la zona de San Lázaro, donde también había muchos tomateros, y por los Fondos de Segura, donde ahora está el estadio. Estuve trabajando en lo que iba saliendo hasta que me fui al cuartel en Sidi Ifni. No aprendí ni a escribir ni a leer, pero siempre he sabido lo que ganaba y nadie me ha engañado. Otra cosa, yo le digo a usted que Fidel Castro nació en Telde, en la Plaza de San Gregorio, y que el padre estaba todo el día en el Faro de Maspalomas, y eso no hay quien me lo discuta.

NOTAS AL TALLER

16 DE DICIEMBRE DE 2014

Hemos ido a la infancia. Descubren que cada detalle, por simple que sea, se convierte en algo importante. Cuando parece que no va a ser posible recordar, los folios que comienzan de un blanco impoluto al principio de la clase, se llenan de historias. Ellos sonríen. Paca está feliz. Confiesa que era la que más se quejaba al principio, porque no quería recordar. Recordar le hacía daño, o eso creía. Ahora nos dice feliz que ha resultado ser todo lo contrario: que recordar le ha ayudado a superar un dolor que parecía haberse quedado incrustado en su alma. Ahora mira atrás y sonrío.

“El tema siempre es una disculpa para situarnos en algún lugar del tiempo”

NO ME GUSTA EL HUEVO PERO...¡QUÉ RICA LA
TORTILLA DE PAPAS!

Pino Santana Santana

Cuando yo era pequeña la Navidad la celebrábamos en familia. Lo más que me gustaba era el turrón de aceite blandito, y el duro también; lo majaba y lo comía, pero no todo porque estaba muy duro. También me gustan mucho las truchas de azúcar y de cabello de ángel. El mazapán no, porque como no me gusta el huevo...pero a mi padre le encantaba. Y el pan de millo, y el pan dulce...y el de huevo no, porque como no me gusta el huevo...pero sí me gusta la tortilla de papas... ahora que lo pienso...tiene huevo, mucho huevo, pero me gusta, ¡qué le vamos a hacer! Recuerdo como regalo de Navidad una muñeca de trapo que me hizo mi madre. Y cuando era más grandita, un muñeco de los de verdad, un Nenuco que gateaba y una sirenita que se alumbraba cuando la bañaba. Me gustan mucho estas fiestas navideñas: el Fin de Año, las uvas...lba a la discoteca el Fin de Año con mi novio...

CARMENCITA SANTANA

Nieves Sánchez Pérez

Mi mejor amiga de la infancia se llamaba Carmencita Santana. Estudiábamos juntas en el colegio de Las Adoratrices y nos gustaba mucho disfrazarnos y vestirnos de princesas. Nos hicimos unos zapatos de cartón con cintas por debajo, y nos pintábamos los labios para parecer mayores y que nos dejaran entrar en el cine de San Roque.

A los veinte años estaba muy enamorada y se casó. Se fue de luna de miel a Lanzarote y allí se volcó la barca en la que remaban ella y su marido. Solo se salvó él. A mí me lo contó una hermana. Su padre, que trabajaba haciendo coronas de flores para los muertos, se fue a Lanzarote y estuvo muchos días esperando a que apareciera el cuerpo de su hija. No se quería apartar de la orilla, pero el cuerpo de Carmencita Santana nunca apareció. Su padre avejentó de repente muchos años. Nunca más encontré una amiga como ella.

EL CIELO ERA BLANCO

José González Santana

Mi abuela era guapa. Me decía siempre que a dónde iba yo. Yo le decía que iba a mirar flores. La casa era nueva y mi abuela tenía el pelo blanco. Mi abuela se llamaba Encarnita Santana Suárez para servirle a Dios y a usted, y mi abuelo Donosito González Alonso para servirle a Dios y a usted. Mi abuela hacía potajitos de judías y de lentejas. Yo jugaba al fútbol con otros niños. Me decían Pepito. La pelota era verde. Mis amigos se llamaban Pepe y Santiago. Cuando era niño recuerdo que el cielo era blanco.

EL PRECIO DEL GOFIO ERA LIVIANITO

Concepción Domínguez Domínguez (Chonita)

Me acuerdo siempre del Rincón, en Teror. Y del molino al que iba con una talega para que tostaran el millo que cultivaba mi padre. Luego venía con la misma talega llena de gofio. Todo olía a gofio, y también al trigo que a veces llevaba para que también lo tostaran. Luego hacíamos pan. A mí también me gustaba mucho el *cochafisco*. La molinera se llamaba Encarnita y era una señora muy mayor y muy buena, como toda la gente nuestra. El precio del gofio era livianito. No era caro. El Rincón olía siempre a animales y a flores. Yo me despertaba cada día con el canto de los gallos.

ME ROBÓ MI PRIMER BESO Y EL ÚNICO

Josefa Suárez Navarro

Mi madre tuvo nueve hijos y como no tenía para darnos de comer, me sacó del colegio y me quedé analfabeta. Cuando tenía dieciocho años me salió un pretendiente y él me quería a mí y yo a él; el primero, José Antonio Alfonso Collado. Éramos los pretendientes más felices del mundo entero, pero se echó otra novia que era viuda y no dejó nunca de ir a mi casa, pero mi padre lo corrió porque no cumplía. Yo no quise nunca más a nadie. Diecisiete años y muchos pretendientes, cuatro o cinco. Una amiga mía, Conchita, le dijo: dejaste el oro por la plata. Él siguió escribiéndome cartas pero yo no le contestaba por miedo a mi padre. Y no pude sentir amor por nadie más. Era como un artista de guapo. Me robó mi primer beso. Yo casi lo mato.

FUI UNA MUJER LUCHADORA

Guillermina Reina Roque

A los siete años empecé a trabajar. Me colocaron en una casa en Guía y las niñas, que eran más o menos de mi edad, jugaban con juguetes. Yo era una niña cuidando a otras niñas. Ni me prestaban ni yo les pedía esos juguetes. A los diecisiete años era delegada sindical y aprendí a escribir. Luego vino la guerra y con el paso de los años tuve que luchar mucho para salir adelante. No lo tuvimos fácil y fuimos perseguidos. Tuve una tienda en la calle Tauro de La Isleta y otra de comestibles, compartida con una sobrina, en Gáldar, en San Sebastián. Trabajaba, y también hacía de comer, lavaba, bordaba y criaba a mis hijos en mi casa. Fui una mujer luchadora y no dejé de mirar hacia delante.

¿DÓNDE ESTÁN AQUELLOS TIEMPOS?

Lilia Ramírez

¿Dónde están aquellos tiempos? Éramos una familia de artistas y yo quería ser cantante. Lo fui. Los nueve hermanos formamos un grupo pero cuando se iban casando lo iban dejando. Me gustaba tocar la guitarra, el laúd, el timple, la bandurria... En la tienda a la que iba a comprar las cosas más necesarias y alguna chuchería había un laúd, pero no tenía dinero para comprarlo. La señora de la tienda, Conchita, era muy amable y se lo prestaba a mi hermano Paco. Mi hermano Paco me lo prestaba y me sentaba en el sillón verde que había a la entrada de casa. Muchas veces, cuando llegaba, él estaba allí sentado, esperándome. Dormíamos con la puerta abierta cuando hacía calor. Eran otros tiempos, hoy eso no se puede hacer, me da miedo porque hoy matan como si pisaran un cacho de pan.

SOLO ERA TRAVIESA

Rita María Ruano Ruano

Soy de Santa Lucía de Tirajana, Sardina del Sur. Recuerdo cómo, de pronto, me pusieron en un colegio de un sacerdote que se llamaba Don Policarpo. Tenía por entonces seis años, pero yo no cogía los libros por lo que me tuvieron que quitar y ponerme con Doña Rosario. Doña Rosario era del Risco de San Nicolás y a partir de ahí tuve que aprender porque me castigaban mucho y no la podía ver. Dice un refrán que la letra con sangre entra. Y también decían que era mala y por eso no me compraban juguetes porque los rompía todos. Mi abuela Rosario no me quería mucho con eso de que era *mala*, pero yo no creo que fuera mala sino más bien traviesa. Estuve en el colegio hasta los trece años, pero me tuvieron que quitar porque mi hermano se enfermó y estaba siempre llorando. Me sentaba al lado de unas tías porque siempre estaban haciendo las labores y yo quería hacer lo mismo. Les daba la lata para que me dieran un ganchillo desde que tenía cinco años, ellas me decían que cuando fuera mayor...Hasta que lo conseguí. Y conseguí ser una gran modista.

MUÑECAS DE ORO EN PAÑO

Amalia Gil Martel

Mis juguetes favoritos...muñecas de trapo como si fueran de oro porque no había otra cosa. El día de Reyes no me quedaba dormida porque quería vigilar a los que ponían las cosas. Yo era la mayor de diez hermanos; cuatro hembras y seis varones.

Las muñecas las guardaba como oro en paño, porque si no, no me duraban nada y tenían que durar mucho...A los camellos les ponía agua y hierba que iba a buscar al campo. Era un día especial hasta en la comida. Siempre nos ponían algo especial, diferente a la comida de todos los días.

Y LOS DEJÉ...

Isabel Santos

Antes no se podía tener novios como ahora, todo era muy distinto, había más respeto. Tuve algunos pretendientes que hablaban conmigo. Cuando esto ocurría, las madres siempre estaban delante. Ibas al parque y la madre iba detrás a vigilar. A mí me gustaba Miguel, pero estuve poco y lo dejé. Después fue Juan, pero no me gustaba y lo dejé. Y ya después, no me interesaron más hombres y me quedé solterona para cuidar a mi madre. Cuando los dejaba ir no derramaba ni una lágrima. Todo lo que lloré fue por Carmen, mi mejor amiga. Carmen murió a los catorce años. Me dio tanta pena que hasta luto me puse por ella. Mi madre decía: esta mujer está loca, mira que ponerse luto por la amiga...

EL CINE A MEDIA LUZ

Honoría Guerra Lorenzo

Me acuerdo de cuando yo me enamoré. Le daba la mano y él me la cogía, pero no me dejaba coger más nada. Sí tuve muchos pretendientes pero que te quisieran y yo quisiera, ninguno. Hasta que llegó mi marido y tuve cuatro hijas.

Muchos pretendientes querían invitarme al cine, pero iba siempre con mis hermanas. Las sillas eran pequeñas y apenas me podía sentar. Me sentaba en el centro de la sala que era donde más me gustaba. Salíamos a las tres y media de casa y el cine empezaba a las cuatro. Al cine íbamos solamente en verano porque en invierno estaba lloviendo y el piso resbalaba. El cine no era oscuro, sino a media luz.

AMORES PASADOS POR AGUA

María Suárez

Mi historia de amor es una historia de amor con mucha agua y con muchos *Buenos Aires*...Me fui a vivir a Santa Cruz y allí me eché un novio de poquito tiempo. Mi padre se preocupaba mucho porque estaba trabajando ya y no quería dejarme sola. Cuando iba a los bailes tenía que volver a las diez de la noche, porque trabajaba en una casa y tenía que acostar a los niños de la casa y hacer la cena.

Después, me vine a Las Palmas y me eché un novio argentino y me iba a casar, pero me fui de viaje a Santa Cruz con mis jefes, mi novio también se fue y cuando volvió, ya no estaba yo. No lo volví a ver. Cuando volví a Las Palmas conocí a Pepe, también argentino, de Buenos Aires, pero estaba embarcado y duró poco ese amor. Y por fin conocí a mi marido, también marinero, y lo conocí en un barco, también argentino y me casé en Buenos Aires. Más tarde me volví a casar en Suecia. Fue una boda sencilla en la que me caí al agua...iba a saltar del piso a un muelle típico de allí y al saltar me caí. Viví en Suecia cinco años y después volvimos los dos a Ojos de Garza.

LA ESPUMITA DE LA LECHE RECIÉN ORDEÑADA

Carmen Segura Ojeda

Mi madre fue madrina de guerra de mi padre, por eso se conocieron. Cuando mis padres se casaron vinieron a vivir a Las Palmas. Recuerdo cuando íbamos a San Mateo los domingos a ver a mis abuelos. El viaje se hacía largo. Íbamos en el coche de hora que cogíamos en el Puente de Piedra; eran amarillos. Cuando nos bajábamos del coche en San Mateo, no había que caminar mucho pues vivían en el mismo pueblo, cerca de la parada. Cuando iba los domingos me ordeñaban las vacas y yo bebía leche recién ordeñada con gofio. Me acuerdo de la espumita de la leche recién ordeñada...

NOTAS AL TALLER:

13 DE ENERO DE 2015

Hoy hay muchos enfermos. La calima no nos deja respirar. Aun así, con calor y mucha tos, aquí están. Francisca nos vuelve a decir que ha sentido gran alivio recordando algunas cosas...Y de los recuerdos hoy, de tantos olores, uno que está en el recuerdo de todos...el olor del gofio. Y así de fácil, un título que se resistía, ha salido hoy: El olor del gofio. Me lo han dado ellos. Gracias.

QUERÍA SER PELUQUERA

Carmen Monzón

Desde niña me fui a trabajar en lo que pude por lo que no era muy apañada para ir a la peluquería. Me hice la permanente pero cuando vi aquellos *enrizados*, ya no me lo hice más; así que solo fui para cortar y marcar, porque a veces quemaban hasta el pelo.

Por el Parque San Telmo había una peluquería que se llamaba "Alhambra" y yo quería apuntarme para aprender, pero me pedían que tenía que ir por la mañana y por la tarde y no pude cogerlo. Tenía otro trabajo y no quería perderlo, lo necesitaba. Sí empecé a ir a casas a lavar y marcar, pero como no pude aprender nunca me atrevía a cortar el pelo. Trabajé mucho desde los siete años. Cuidaba a personas mayores y me hicieron hasta un banquito para poder lavar la loza. No me pagaban en aquel momento porque como estábamos en guerra no había dinero. Luego ya sí me pagaban diez duros al mes.

EL ÁRABE

Rosa María Fuentes

Yo de pequeña era muy alegre. Mi melliza y yo nos llevábamos de maravilla y nos queríamos mucho. Íbamos juntas a todas partes: al baile, a la playa, al cine de las tres...Era una chica alegre y obediente. Respetuosa con los mayores. Quería mucho a mis padres y a mis hermanas. Tuve una infancia feliz. Jugaba en las dunas tremendas que había enfrente de Farray. Me ponía en la punta de arriba y me arrastraba, rodando y rodando, montaña abajo. Los tobillos enterrados en la arena y a subir otra vez a cuatro patas. Entre duna y duna vivía un árabe alto, rubio, con ojos azules y vestido de blanco. Nosotras le llevábamos la merienda y él se quedaba tan contento.

MI QUERIDA PRIMA ROSA

Consuelo Déniz Medina

Cuando tenía veintidós meses me dio polio. Fui creciendo pero no jugaba con nadie, solo con mi familia, los perros y las muñecas pero siempre sentada en la acera. No podía caminar. Me gustaba que las niñas jugaran a la soga porque así, de alguna manera, participaba yo también en el juego moviendo la soga. Pero era una niña y me preguntaba por qué yo no podía saltar como ellas. Para mí cualquier camino, por muy llano y corto que fuera, era una montaña. Pero para ayudarme siempre estaba Rosa...mi mejor amiga y mi prima. Rosa me llevaba siempre a cuestras. Murió joven. No era muy alegre, la primera impresión que daba era la de una mujer bruta pero era más buena que el pan.

UVAS, HIGOS Y NÍSPEROS.

Adelina Gómez Silva

En el patio de mi casa había un nisperero y una parra de uvas blancas. Era muy pequeña y no alcanzaba a coger la fruta. A veces cogía una caña y golpeaba el fruto para recogerlo y comérmelo. En un terreno que había cerca de mi casa también había una higuera a la que me subía para coger higos. Una vez me caí.

EL FARO DE MASPALOMAS

Gloria Vega Vega

Vengo de una familia numerosa. Éramos nueve hermanos. Mi colegio estaba a cinco kilómetros de distancia y andábamos a pie porque en esos tiempos no había transportes. Yo aprendí en el Faro de Maspalomas y luego con mis hermanos mayores. Como siempre me gustaron las matemáticas, soñaba con ser maestra pero al ser familia numerosa tuve que trabajar desde muy joven y no pude estudiar. Ni siquiera tuve tiempo de jugar como otros niños de mi edad.

LAS PUERTAS DE MI INFANCIA

Olga Falcón

Una puerta sola de una hoja de color verde. Mi padre tenía una llave y mi madre otra. Cuando cumplí quince años, me dieron mi llave. La llave era pequeña y con hilo carreto. Cuando abría la puerta tenía que bajar un escalón pequeño y ya veíamos las tres habitaciones que no tenían puertas ni cortinas. Mi casa olía a madera y a humedad en invierno. Las sillas estaban arrimadas a la pared. En mi casa, que era alquilada, la puerta era de madera y tenía el fechillo por dentro. Un día mi abuela salió por esa puerta para pagar la contribución. Mi prima y yo nos la encontramos muerta bajo un nisperero. Creíamos que dormía. Las flores de azahar y las del nisperero habían cubierto su cuerpo con un manto.

NO MUY GRUESA PERO ESCALDONA

Miguel Mendoza

Recuerdo a mi maestro que *mataba a los chiquillos a tabletazos*, allá en la escuela que estaba en La Plaza de Caideros. La tablilla era más o menos de 2,5 por 30 centímetros, no muy gruesa pero escaldona. El maestro había sido oficial de Franco, no se le entendían las explicaciones y, encima, cuando no sabías resolver algo, te ponía de rodillas sobre arroz o trigo. Pero también tuve un buen maestro.

En el colegio los niños y las niñas estaban separados, hasta tal punto que estaban también separados en el recreo a pesar de estar en el mismo patio. Yo iba obligado por mi madre. Allí eran mejor tratados los niños que les llevaban leche y quesos a los maestros. A veces, con unos amigos, nos saltábamos las clases e íbamos a hacer perrerías. Dejé de ir a la escuela a los diez años porque me fui de monaguillo con el cura.

SUEÑOS SIN CUMPLIR

Asunción Pérez Rodríguez

Cuando era pequeña quería ser maestra de niños chicos. Algo sabía: leer, escribir, hacer cuentas...No pude hacer realidad mi sueño porque mis padres no tenían dinero para comprar los libros, pizarras, libretas...No le dije nunca a mis padres cuál era mi sueño. Sabía que se iban a disgustar porque ellos no podían hacer realidad ese sueño.

EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA

Francisca Milán Valido

Yo iba al cine Vegueta con mi familia y también con mis amigas. Las películas en esa época eran en blanco y negro y las butacas eran de madera. Recuerdo una película en especial: *El hombre que tenía el alma blanca*. Ésta película me impactó mucho. El protagonista era un bailarín negro que antes de ser conocido trabajaba de criado. Era de amor, de un amor no correspondido.

MI COLEGIO EN EL ZUMACAL

Juana Mónica Falcón

Cuando niña iba a una escuela de pago, de niños chicos, que se llamaba Rosa que era el nombre de la profesora. Estaba en El Zumacal. Me gustaba. Iba por la mañana y por la tarde. Una hora tardaba en llegar. Caminaba cuatro horas al día. Estudiaba La Cartilla (Primera Raya, Segunda Raya...). Nos castigaban con las manos estiradas y los libros en cada una de ellas. Nos castigaban por quitar la tinta del tintero a las otras niñas. Era un colegio solo de niñas.

PAPÁ Y MAMÁ

Olga Pérez

Las palabras que siempre han estado conmigo son Mamá y Papá. Tengo siempre a mi madre en el pensamiento y sigo pensando que está en el hospital porque me gusta más pensar que sigue allí y está viva. Ella no ha muerto. Dios está arriba y me hace sentir su presencia. Recuerdo que Papá me compraba pintura roja para uñas y labios, pero a mi madre no le gustaba ni le gusta que me pinte con esos colores, prefiere que lo haga con colores claros. Siempre, siempre, estoy con mi madre. *Carmita La Tiza*, así la llamaban porque mi madre apuntaba todo lo que le debían en la tienda con una tiza que siempre llevaba detrás de la oreja.

NOTA FINAL

11 DE MAYO DE 2015

Hoy termino este libro. Digo termino porque de alguna forma tengo que cerrarlo para llevarlo a imprenta. La realidad es que, si Michael Ende no hubiese escogido como título de su novela *La historia interminable*, este libro también se podría haber titulado así. Quedan muchas historias por contar, y muchas otras que fueron ya contadas y que también aparecen detrás de las páginas de este libro; y muchas tardes que pasar juntos. Quiero dar las gracias a todos los que han hecho que este libro haya sido posible, especialmente a ellos, a *mis viejitos*. Quizá hubiese sido mejor, más correcto, decir a *mis mayores*, pero así es como los llamo siempre...con todo el cariño del mundo. Y también a ellos, a todos los trabajadores de cada uno de los Centros, que han puesto la misma ilusión, cada tarde, ayudándonos a hacer este proyecto realidad.

Muchísimas gracias.

Guadalupe Martín Santana

ÍNDICE

007I EL ARTE DE CONTAR

José Miguel Bravo de Laguna Bermúdez
Presidente del Cabildo de Gran Canaria

009I EL MILAGRO DE LAS PALABRAS

José Miguel Álamo Mendoza
Consejero de Política Social y
Sociosanitaria del Cabildo de Gran Canaria

011I GRACIAS POR EL TIEMPO

Santiago Gil

013I EL OLOR DEL GOFIO

Guadalupe Martín Santana

019I PRIMERA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO DE ARUCAS

059I SEGUNDA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO EL PINO

091I TERCERA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO FERMINITA SUÁREZ

135I CUARTA PARTE

CENTRO SOCIO-SANITARIO EL SABINAL

EL OLOR DEL
G O F I O

